

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 30 Octubre de 2020



*Reino
maternal
de María*



CONCEIÇÃO · APPARECIDA ·

QUERIDA · DO · POVO · BRASILEIRO ·

ABENCOLIDA · DEFENDE · SAUVAR



Verdadero vaso del Espíritu Santo

Nuestro Señor colmó el alma de San Lucas de gracias muy especiales para ser el compañero de San Pablo; redactor de uno de los Evangelios y autor de los Hechos de los Apóstoles.

¡Qué cualidades morales debe tener un hombre para ser escogido por San Pablo como compañero de viaje! Alguien que, de un modo eminente, debía extender las actividades apostólicas de San Pablo, figurar al lado del Apóstol de los Gentiles como el discípulo por excelencia, aprobado por el maestro y con quien este quiere viajar.

¡Qué dones debería tener un hombre para comprender tan bien la vida de Nuestro Señor, hasta el punto de recoger los datos necesarios y escribirla como él la redactó en el Evangelio!

¡Y qué talentos para merecer la gloria y la honra de ser el único que escribió un libro inspirado e histórico sobre el comienzo de la vida de la Iglesia!

Podemos medir cuan excelsos son esos dones, considerando que las cualidades del efecto están en su causa, y que el autor de un libro siempre vale más que su obra.

Siendo el Divino Paráclito el auténtico Autor de esos libros sagrados, eso supone que San Lucas es un verdadero vaso del Espíritu Santo.

*(Extraído de conferencia de
18/10/1971)*

Sumario

Vol. III - No. 30 Octubre de 2020



En la portada, el Dr. Plinio reza ante la imagen de Nuestra Señora Aparecida el 15 de agosto de 1989.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *El feudo de la Reina del Cielo*

PIEDAD PLINIANA

5 *Perfume supremamente puro*

DOÑA LUCILIA

6 *Admirable porque tenía el espíritu de la Iglesia*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

8 *El reflejo de Dios en la sociedad temporal - II*

DR. PLINIO COMENTA...

15 *Baldvino IV, el prototipo del católico - III*

SANTORAL

20 *Santos de Octubre*

HAGIOGRAFÍA

22 *Proclamando las verdades sin velos*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

28 *Fundador de la Europa Católica*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

32 *Lugar donde la Providencia quiso reunir sus maravillas - II*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *La lucha, una de las glorias de María*



El feudo de la Reina del Cielo

En hecho curioso y edificante en la vida de la Iglesia es que, siendo depositaria de las verdades teológicas más altas y complejas, la masa de los fieles, impregnada de una agudeza de visión especial, profundiza y vive esas verdades, inclusive cuando su nivel cultural parecería que les impide el acceso a actividades intelectuales de nivel superior. En todo lo que se relaciona con la devoción a Nuestra Señora, esta observación se comprueba claramente.

En efecto, la doctrina marial y la devoción a la Virgen María ha crecido constantemente, en un desarrollo no propiamente al influjo de hipérbolas afectivas y meramente literarias, sino como una torre de raciocinios firmes como el granito, a la cual cada generación de teólogos aumenta algunos pisos, sólidamente asentados en el esfuerzo diligente desarrollado por la razón, a fin de descubrir todo el alcance y la extensión de las verdades reveladas.

Entretanto, emociona observar cómo la piedad popular, ignorando muchas veces los argumentos de la Teología sagrada y dejando guiarse en gran parte por la fineza de su sensibilidad, baja hasta el meollo profundo de las verdades teológicas enseñadas por la Iglesia y sabe vivirlas con una autenticidad de convicciones y de sentimientos que no tendrían explicación a no ser por la acción del Espíritu Santo.

No hay un pueblo que no tenga al menos un gran Santuario nacional erigido en honra de María Santísima donde la Reina del Cielo haga llover abundantemente sobre los hombres, gracias espirituales y temporales.

La Iglesia nunca mandó que cada pueblo erigiese un Santuario nacional particularmente dedicado a la Santísima Virgen; apenas se limitó a definir las verdades mariales. En la mayoría de los casos, la piedad entusiástica de los fieles ha seguido su curso a punto de poder decirse que casi todas las fiestas de Nuestra Señora y las formas de piedad con que Ella es honrada nacieron en la masa de los fieles espontáneamente o por medio de revelaciones particulares, siendo posteriormente aprobadas por la Iglesia.

Esto sucede así, porque la piedad popular siente de manera viva y profunda que Nuestra Señora es, en realidad, la Madre de todos los hombres, y especialmente de los que viven en el aprisco de la Iglesia de Dios. Y siente, además, que su mediación es la puerta segura para tener acceso junto al trono del Creador.

Haciendo estas reflexiones, pienso en Aparecida do Norte y de las impresiones profundas que he recogido siempre que voy a rezar a los pies de la Patrona.

¿A qué otro lugar, en el Brasil entero, con tanta e invencible constancia, se vuelven los ojos de todos los brasileños? ¿Quién, al oír hablar de Nuestra Señora Aparecida no se acordará de las súplicas ardientes de madres que rezan por sus hijos enfermos; de familias que lloran desamparadas y en la miseria, que habiendo perdido el bienestar se vuelven para el trono de la Reina de la Clemencia; de hogares deshechos por la infidelidad; de corazones ulcerados por el abandono y por la incompreensión; de almas que rondan por el reino del error buscando el esplendor meridiano de la Verdad; de espíritus errantes por las veredas del vicio que buscan, entre llantos, el Camino; de almas muertas para la vida de la gracia que quieren encontrar, en las tinieblas de su desamparo, las fuentes de una nueva Vida?

¿Dónde se puede sentir, de modo más vivo el calor vehemente de las súplicas angustiadas y la alegría magnífica de las acciones de gracias triunfales? ¿Dónde, más precisamente, se puede auscultar el corazón brasileño que llora, sufre, implora, y vence por la oración, se alegra y agradece, si no es en Aparecida?

Y, sobre todo, ¿dónde es más visible la acción de Dios en la constante distribución de las gracias, a no ser en la ciudad feliz donde la providencia constituyó el feudo de la Reina del Cielo?*

* Cf. CORREA DE OLIVEIRA, Plinio. *Pro Maria fiant máxima* en **O Legionario** del 17/12/1939.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Nuestra Señora de la Pureza – Roma, Italia

Perfume supremamente puro

Oh Señora y Madre mía, vedme a vuestros pies, tentado por el pecado que más ofende a vuestra excelsa pureza.

Vos que amasteis tanto la virginidad que, por amor a ella, llegasteis a defenderla ante el Arcángel celestial que os anunciaba el honor inefable de la maternidad divina; Vos, cuya virginidad fue tan amada por Dios, que el Espíritu Santo practicó el milagro indeciblemente sublime de preservarla; Vos, cuya virginidad es el perfume sacral que ha inspirado a todas las almas castas a lo largo de los siglos, y las inspirará hasta el fin de los tiempos, tened maternal compasión de este hijo y esclavo que se debate en las seducciones horribles de la impureza.

Dadme una repulsa enérgica contra la tentación. Alejad de mí al demonio y a las malas ocasiones. Llenad mi alma de un intenso e intransigente amor a la pureza; hacedla transbordar del perfume supremamente puro de vuestra castidad.

¡Inmaculado y Sapiencial Corazón de María, compadeceos y rogad por mí!

Admirable porque tenía el espíritu de la Iglesia

Estando en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Doña Lucilia se encontraba en el lugar que le era propio; todo se armonizaba con ella. Y en su reacción delante de la Santa Iglesia Católica, ella aceptaba todo, inhalaba todo y se adaptaba a todo. El centro de su devoción era el Sagrado Corazón de Jesús; había una especie de intercambio por el cual ella era el efecto que volvía a la causa.

Como ya tuve ocasión de decir, en mis más tiernos años la Iglesia Católica se personificaba para mí, físicamente, en la Iglesia del Corazón de Jesús.

La iglesia del Corazón de Jesús: serenidad, bondad y grandeza

Naturalmente, yo tenía una idea exacta de que la Santa Iglesia era una institución enorme, existente en toda la Tierra, pero lo que conocía de esa institución era la Iglesia del Corazón de Jesús. Yo notaba en esa iglesia lo que aprecio hasta hoy en ella: una mezcla de serenidad, de bondad, de grandeza, al mismo tiempo de distinción, de afeblidad y algo de envolvente, que penetra hasta el fondo del alma y le da una paz, una fuerza, un juicio sano, de bue-

na calidad – lo que es bueno es bueno, lo que es malo es malo, etc. –, que me parece emanar del Sagrado Corazón de Jesús a ruegos de Nuestra Señora.

Los domingos, yo iba con Doña Lucilia a Misa. Y cuando no me quedaba a su lado, permanecía cerca; toda la familia se sentaba junta. Yo la miraba y me parecía que había una enorme penetración del espíritu y de la atmósfera de aquella iglesia en ella. De manera que yo la veía allá y pensaba: “Ella está aquí como en el lugar que le es propio. Todo se armoniza con ella, todo es conforme con ella, y noto, en su reacción delante de la Santa Iglesia, que ella acepta todo, por así decir, inhala todo y se adapta a todo.”

A veces, cuando yo volvía a casa con mi madre o la encontraba durante el día, conversaba con ella y pensaba:

“Qué curioso, pero algo en ella me hace recordar la atmósfera de la iglesia.” No estábamos en la iglesia, conversábamos sobre las pequeñas cosas que una madre habla con su hijo.

Doña Lucilia: modelada en la atmósfera de la Iglesia del Corazón de Jesús

No era raro que yo recibiese una reprensión por mi relajamiento en materia de ropa: corbatas con el nudo mal hecho, una serie de irregularidades de todo orden; el zapato con el cordón abierto, que no amarraba porque ni siquiera me daba cuenta. El nudo de la corbata yo lo hacía tan distraído, que ni sabía cómo estaba y ni me miraba en el espejo. Ver un nudo de corbata en el espejo, ino me acuerdo de haber hecho eso nunca! Naturalmente, ella quería que yo me presentase bien.

Sin hablar de otras cosas. Toda la vida yo bebí mucha agua. Eran dos, tres, cuatro vasos de agua seguidos, en las comidas. Y los sorbos eran demasiado grandes. Hasta hoy tengo esa tendencia. Yo miraba la forma de ser de Doña Lucilia: ella bebía comedidamente, con sorbos no pequeños, pero razonables; comía pedazos de tamaño razonable. Era diferente de mi hambre y de mi sed...

El temperamento de un hombre también es diferente al de una señora, evidentemente. Por lo tanto, esas cosas varían. Pero las reglas de educación obligan al hombre a contenerse un tanto. Ella me hacía reprensiones, pero todo con una dulzura, una afabilidad, una bondad... Lo que me llevaba a pensar: “Ella es toda modelada en la atmósfera de la iglesia del Corazón de Jesús”.

En un oratorio pequeño de madera, en nuestra casa, Doña Lucilia tenía una imagen del Sagrado Corazón de Jesús



hecha en Francia, a la cual le tenía mucha devoción. Y esa imagen me parecía perfectamente adecuada para la Iglesia del Corazón de Jesús. De hecho, imaginando aquella imagen en tamaño grande, serviría magníficamente para figurar en una iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Eso hacía una especie de intercambio por el cual mi madre era el efecto que volvía a la causa.

Eximia y admirable porque era hija y tenía el espíritu de la Santa Iglesia

Y muy temprano Nuestra Señora me dio la gracia de percibir que la Iglesia era, en su fuente, verdaderamente buena. Y que mi madre era bondadosa porque recibía la influencia de la Iglesia. Realmente mi madre era la Iglesia. Y Doña Lucilia era tan eximia y admirable porque era hija y tenía el espíritu de la Santa Iglesia.

A medida que mi sentido de análisis fue creciendo, yo la fui analizando para ver si el fruto de mi análisis confería con el afecto que le tenía a ella, y si ese

afecto era razonable. Yo quería saber, entonces, si la raíz del afecto de ella hacia mí tenía una raíz religiosa, como era el mío hacia ella, o si entraban más las relaciones naturales entre madre e hijo, como soy hijo de ella, era natural que ella me quisiese bien, así como también, siendo ella mi madre, yo la amaba según la naturaleza. Sin embargo, el afecto sobrenatural dejaba lejos al natural.

Cierta vez estábamos conversando sobre asuntos variados durante el almuerzo. Nuestro comedor tiene ventanas que dan hacia la Plaza Buenos Aires¹, y ella se encantaba al ver los árboles de la plaza. Generalmente, durante el día ella se sentaba frente a las ventanas, de tal forma que veía el panorama mientras comía. En esa ocasión, ella almorzaba calmamente y mirando hacia la Plaza Buenos Aires, mientras conversábamos. En la noche, ella se sentaba en la cabecera de la mesa.

En una de esas conversaciones, en la cual noté que ella estaba enteramente distendida, comencé a hablar sobre el protestantismo, criticando duramente esa herejía. Ella tomó eso como lo más natural del mundo. Entonces, le dije: “Si usted se hiciese protestante, yo me voy de la casa, dejándola aquí. Continuaría manteniéndola económicamente, pero vendría a verla solo dos o tres veces al año, no más, porque ya no la querría.”

Si la razón principal del afecto de ella por mí fuese la mera relación entre madre e hijo, y no el afecto sobrenatural, ella se llevaría un susto. Ahora bien, ella continuó almorzando con una calma absoluta, concordando como quien oye una banalidad. Entonces quedé contento. ❖

*(Extraído de conferencia de
15/2/1986)*

1) Situada en el barrio Higienópolis, en São Paulo.



El reflejo de Dios en la sociedad temporal – II

Descubrir la excelencia de cada criatura y apreciar el aspecto por donde las cosas reflejan a Dios es un don. Por el cual se tiene una idea de quién es el Divino Artista, omnipotente, que posee todas las perfecciones. Quien es capaz de contemplar esas bellezas se prepara, por afinidad, para el Cielo.

Existe lo que la Iglesia llama de orden espiritual y de orden temporal. El orden espiritual dice a respecto de lo sobrenatural y la salvación de las almas directamente. Entonces, es la Iglesia Católica con todo su movimiento en el mundo. El orden temporal se refiere a la vida terrena, hecha para servir a la Iglesia y, por tanto, al orden espiritual. De manera que se orienta a lo sobrenatural.

Las cosas temporales y las espirituales

Dos ejemplos: una capilla y un comedor. La capilla es hecha para rezar a Dios; todo conduce para la ora-

ción. El comedor tiene una finalidad apenas indirectamente espiritual. Directa y próximamente tiene un objetivo temporal: que las personas se alimenten y se conserven en condiciones de salud para vivir su existencia terrena, servir a Dios y salvar sus propias almas. Las cosas temporales son responsabilidad del Estado, de la sociedad civil. Las espirituales están bajo los cuidados de la Iglesia. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. La Iglesia es la más perfecta imagen y brilla con las mayores y magníficas semejanzas del Creador que una institución pueda tener. Pero también el Estado – la sociedad civil –, creado por Dios para servir en la salvación de las almas,

debe, en cierto sentido, ser la imagen y semejanza de Dios.

Las personas que comen en un rectorio han de ser la imagen y semejanza de Dios mientras están allí alimentándose; y todo ese ambiente debe facilitar no apenas el comer, sino también ver al Creador como Autor de la nutrición, del alimento y del alimentado. El dueño de la casa, el empleado que sirve, la vajilla, los muebles, la iluminación y todo lo que contribuye para la alimentación deben ser de tal manera que la persona vea, también allí, la imagen o la semejanza de Dios. De esa forma, también en la consideración del orden temporal, el hombre necesita ver imágenes y semejanzas de Dios.



Capilla del Santísimo Sacramento en la Iglesia de la Consolación, São Paulo, Brasil

Un almuerzo en el Monasterio de San Benito

Viví la siguiente escena en el Monasterio de San Benito, en São Paulo. Recién había entrado al Movimiento Católico y se conmemoraba la fiesta de San Benito. Había una tradición que en el día en que se conmemoraba al Fundador de la Orden religiosa, los frailes o monjes invitaban algunos amigos a un almuerzo de carácter festivo.

Entré muy curioso porque nunca había visto un almuerzo así. Una sala de unos dos pisos de altura, una mesa separada y más alta para el abad, hombre venerable, Don Domingo de Silos Schelhorn, que llevaba en el pecho una cruz de oro bonita, con una cadena, vestido de negro, con escapulario y solideo también negros, anillo de amatista en un dedo.

A su lado, un gran historiador, Alfonso de Taunay¹, uno de los convidados de la fiesta; además uno o dos personajes importantes, de cuyos nombres no me acuerdo, y después dos mesas largas, con frailes, monjes benedictinos y algunos legos.

Primero entraron los laicos, y yo, novato, quedé al final de una de las mesas; después, el abad con los invitados de honra. Entraba una bonita

luz a través de las altas ventanas; las mesas puestas de modo correcto. El abad reza, bendice los panes que ya estaban colocados en las mesas, se sienta con mucha distinción. Algunos hermanos benedictinos entran en fila, trayendo platos monumentales, y comienzan a servir.

Encontré todo aquello muy bonito, muy interesante, y sentí que elevaba mi alma a Dios. Pero se trataba de un acto temporal, no de un cántico del Oficio en la Iglesia. En cierto momento, oigo, detrás de mí, desde arriba, una voz que decía: “Continuación de la historia de Cneo Pompeyo.” Mi-

ro para atrás y veo un fraile benedictino que leía desde el púlpito la interminable historia de Cneo Pompeyo². Hacía la lectura, entonando siempre muy afinadamente. Se veía que ponía mucha más atención en el hablar afinado, que en el sentido de lo que estaba leyendo. Pero que envolvía a todo el mundo en la narración; el ambiente atento, se entregaba a oír lo que decía.

Era un carruaje que iba pasando con corceles fogosos y un guerrero encima; poco más adelante una emperatriz que estaba llegando, y después un magistrado que hacía un discurso. Es todo un embrollo, la historia de Pompeyo. Después, se volvía a la vida cotidiana y continuaba la comida.

Una de las características del espíritu del Dr. Plinio

Salí de allí con el alma toda vuelta para lo más alto, para Dios, a través de lo temporal, de lo material. Este es propiamente el buen uso que la Civilización Cristiana no sólo hacía de los conventos, sino también en las casas particulares, adaptado, entonces, a la vida de familia, de las cosas temporales, materiales.

Una de las características de la formación de mi espíritu fue que Nuestra Señora me ayudó a percibir muy tem-



Iglesia del Monasterio de San Benito, São Paulo, Brasil



prano, con la facilidad propia a un niño, el reflejo de Dios en las cosas temporales, y no solamente en las espirituales.

Yo me deleitaba con las cosas espirituales, pero sin la tendencia, por ejemplo, a pasar la vida entera dentro de una iglesia. Habría quedado muy contento y honrado si eso me sucediera. Iba a la iglesia los domingos a rezar, o durante la semana cuando tenía alguna necesidad; pasando cerca de una iglesia, yo entraba, y si pasaba de tranvía por delante de alguna, me llamaba mucho la atención, la analizaba, etc. Pero cuando entraba, yo usaba toda mi capacidad de percepción en dirección a lo eclesiástico, a lo sobrenatural, con gran complacencia de mi alma.

Con respecto a las cosas materiales de la sociedad temporal, también me gustaba enormemente observar cómo eran correctas, bien ordenadas; y me parecía ver allí una superioridad y un atractivo para mi alma que, más tarde, con el estudio y la reflexión, comprendí que son una semejanza de Dios.

Aspectos del Hotel Regina, en París

A París fui varias veces y en casi todas me hospedé en un hotel llamado “Regina”, de clase media alta. Recuerdo que la pared de todo el primer piso era revestida con paneles de

roble. Un roble claro medio dorado, discretamente trabajado, muy bonito y bien conservado. Cuando el roble se seca, es necesario pasarle o inyectarle, de vez en cuando, no sé qué sustancia para que no se pliegue, como un pergamino viejo. Todo eso era conservado rigurosamente en orden.

Subiendo un piso se entraba en la sala principal, donde había un escritorio magnífico y algún mobiliario de buen estilo. Para Brasil, alto lujo; para Francia – ¡París! –, clase media alta. Esa sala estaba separada del resto por una especie de rejita, de tal manera que se la podía ver de un lado y del otro, pero se deducía que no era para cualquier huésped. Algunos huéspedes necesitaban entender que debían quedarse en el *hall*, en sillones muy buenos que había allí, y otros podían permanecer en la sala principal.

El ascensor, un mimo. Si se hiciera una *bonbonnière* exactamente como aquel ascensor, sería un encanto. Era todo de roble y cristal, ¡inclusively el techo! Había un banquito, porque el ascensor era muy lento y el hotel tenía seis o siete pisos. Entonces, el banquito era para las señoras mayores que se querían sentar; ellas se levantarían cuando hubiera mucha gente y el banco se recostaba en la pared. El ascensorista lo dirigía con una manivela vieja, y el ascensor se movía con una lentitud so-



Gneo Pompeyo - Parque Łazienki, Varsovia, Polonia

lemne. Como era transparente, se veía lo que pasaba en los diversos niveles, hasta llegar al piso donde la persona se hospedaba. Entonces, el ascensor paraba, el ascensorista abría una reja, se inclinaba y decía: “*Voilà, monsieur, merci!*” – ¡Llegamos, señor, gracias!”

Los empleados del hotel sabían perfectamente quién era quien, y como debían tratar cada uno de los huéspedes. Atentos con todos, pero sabiendo dar a cada uno lo que le correspondía. Según la hora, la luz del Hotel Regina era diferente. Porque sus ventanas daban a una especie de galería, una arcada, pues la *Rue de Rivoli* – donde se localizaba el hotel – tiene arcadas por uno de sus lados. Entonces, la luz medio matizada y el reflejo de la madera de roble variaban de acuerdo con la hora del día.

La puerta de entrada, cuyos batientes eran de cristal, tenía abajo una escoba de capacho. Si se empujaba la puerta, ella giraba sobre el capacho y lo limpiaba. La persona, al entrar, se sentía sumergida en reflejos de cristales. Aquel *hall* distinguido, aquellas luces, aquella tranquilidad; huéspedes que se movían, hablaban en voz baja, apenas se oía el ruido y el runrún de las conversaciones, el ascensor que ge-



Hotel Regina, en París, a inicios del siglo XX

mía hacia abajo y hacia arriba – era la “bonbonnière” que estaba más lejos o más cerca –, todo esto formaba un ambiente íntegramente psicológico.

Representación rica, densa y fiel de las perfecciones de Dios

Este ambiente psicológico estaba constituido por los objetos materiales que estaban colocados ahí, semejanzas de Dios modeladas por la Civilización Cristiana. El roble trabajado, con inspiración artística católica, es más parecido a Dios que el roble natural, que crece en el campo. El papel del arte es transformar el roble en algo más semejante al Creador; el arte hace que surjan excelencias que el roble no tiene cuando yace apenas en su ruda corteza. Es evidente. Entonces, ese conjunto de objetos es una semejanza de Dios.

Las personas que se encontraban allí eran imágenes y semejanzas de Dios, porque el hombre, teniendo alma espiritual, se parece más a Dios; es una imagen de Dios y no apenas semejante a Él. Entonces el *hall* era una semejanza de Dios. Los que estaban allí, mientras estaban adentro, podían ser imágenes de Dios.

En medio de aquellas imágenes y semejanzas temporales de Dios, mi alma sentía una armonía de carácter superior que, estudiando después, entendí que era exactamente por donde aquello se parece a Dios. Nosotros no vemos a Dios cara a cara, pero por medio de esos vislumbres formamos una idea de quien es Dios. Él es infinitamente superior a todo esto, sin embargo, cada criatura, a su modo, refleja al Creador.

Doy una imagen muy trivial: la persona entra por aquella puerta giratoria con cristales. Es un bonito modo de entrar. ¿Cómo será nuestra entrada en el Cielo? Seguramente no habrá una puerta giratoria con cristales, pero el *pulchrum* que hay en entrar por una puerta giratoria con cristales existirá en aquel Cielo que no

tiene puertas, ni es giratorio, ni posee cristales. Esto nos da una idea del Paraíso.

Entonces, se trata de analizar también las cosas temporales y, cuando son excelentes, saber ver en ellas una representación particularmente rica, densa y fiel de las perfecciones de Dios. Él las hizo para eso.

Analogía entre belleza y santidad

Pasemos a otro conjunto de ideas. La Iglesia es el centro de todo orden, de toda belleza, de toda dignidad, no sólo en la Doctrina y en la Moral, sino también en los aspectos materiales de las iglesias, del culto, etc., que ella conservó con un esplendor incomparable.

Hasta cierto momento, la Revolución no había atacado esto por miedo de producir cristalizaciones. Ella arremetió contra la sociedad temporal. Y, mientras ésta se iba quedando cada vez más vulgar, mostrando menos semejanzas con Dios, la sociedad espiritual parecía majestuosamente parada en los siglos. Cambiaban las modas, los ambientes, las maneras, todo decaía, pero la Iglesia parecía adherida a la eternidad, inmóvil en su dignidad, y sin alterarse en nada.

Recuerdo, en varias épocas de mi vida, haber notado la continua decadencia de las costumbres en la sociedad temporal, del mobiliario, de los ambientes y de todo, y observar



Entrada del Hotel Regina

Chad and Steph (CCS.0)

la estabilidad de la Iglesia. Esa sensibilidad para los aspectos temporales me invitaba a intervenir contra la Revolución, especialmente en el lado temporal que, en aquella época, era el más atacado, llevándome a combatir las malas modas, la falta de buen gusto, la vulgaridad, y tantas otras cosas, en cualquier clase social donde me encontrara.

Yo frecuenté todas las clases sociales, inclusive las muy modestas, muy populares, y comí en sus casas. Hice campaña electoral en el Norte do Paraná, en el Norte del Estado de São Paulo; sería una exageración si digo que visité todos los tugurios, pero sí llegué a verlos. En todas partes, notaba vulgaridades y falta de buen gusto, así como también cosas bonitas y elevadas, propias de cada categoría, que me hacían decir “sí” para aquello que estaba bien, viendo al-



gunas cosas orientadas hacia Dios, y “no” para lo que estaba mal y que caminaba en un rumbo opuesto a Él.

Así, vi cosas magníficas a lo largo de mi vida, sea en Brasil, sea en Europa principalmente. Nunca pude mirar algo de eso sin sentir una forma peculiar de belleza, muy parecida a la virtud.

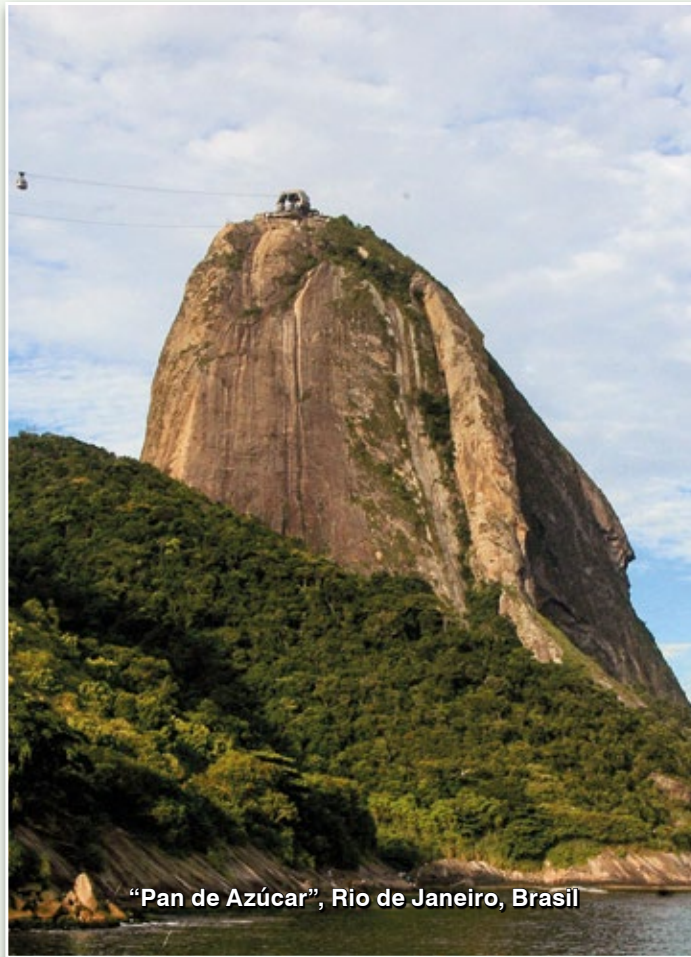
Noten, por tanto, que la verdadera belleza es parecida con la santidad. Esta es, a su vez, la belleza del alma. Lo bello de una cosa material sería como que un reflejo de la santidad. Así, hay una analogía entre belleza y santidad. De donde al culto católico le convienen las cosas bellas y no las horrorosas.

Nuestra Señora obtuvo de Dios para mí el don de percibir todo lo que es bello y sublime en el orden de la Creación, la excelencia de cada criatura y diferenciar lo que es digno, lo que es más común, o apenas suficiente, y apreciar el aspecto por el cual aquello refleja a Dios.

¿Qué idea de Dios eso me da? La que Dios quiso que yo tuviera. Yo miro, percibo que es lindo, y digo: Es una semejanza de Él, así como la obra de arte lo es del artista que la hizo. Hay un Divino Artista omnipotente, que posee todas las perfecciones y creó todo de la nada, dándole determinada belleza para que yo, por afinidad, supiera cómo es Él, y así me preparara para el Cielo.

Un cáliz de Misa hecho de ágata

Doy un ejemplo de algo que me ocurrió en Venecia que, aunque no



“Pan de Azúcar”, Río de Janeiro, Brasil

se refiera al Gran Canal u otra de aquellas maravillas, quedó profundamente gravado en mi memoria. Visitando un museo que había allá, encontré de repente en una vitrina, colocada en el ángulo de una pared, un cáliz de Misa hecho de una sola piedra de ágata labrada, con espesores y transparencias diversas.

¡Yo nunca había visto una piedra transformada en cáliz! Una linda piedra, con el juego de luz en aquel momento. Por una peculiaridad mía – comprendo que otra persona no fuera tan sensible a eso –, aquello me tocó profundamente. Por ser un cáliz de Misa, es verdad, pero también por causa de la piedra.

Me gustaban tanto los cristales que, siendo pequeño, en una estación de aguas donde iba con mi familia, caminaba por los carriles de la vía férrea, buscando, en medio de las

piedras, punticas de cristal que yo seleccionaba y después me los llevaba en un cajón a São Paulo, para examinar los cristallitos en casa.

Sentí un verdadero choque cuando me contaron que en ciertas regiones de Brasil hay muchos cristales bonitos, formando como que esferas huecas. A veces, los niños los quiebran y encuentran adentro amatistas, y entonces juegan con eso. Pero ¿cómo se puede coger un tesoro de esos y romperlo para un juego de niños? Y, ¿por qué no paran de jugar al encontrar una amatista allí dentro? Me es difícil comprender.

Reparamos, entonces, que una persona puede tener un espíritu tendiente a poner mucha atención en lo concreto,

en lo palpable y en lo material de aquello que tenga al frente. Sin embargo, es una atención analítica. En el ejemplo del cáliz de ágata, se trata de un análisis doble: del cáliz y del efecto que produjo en mí.

El cáliz de ágata es muy bonito y da gloria a Dios. Una de esas glorias es haber causado en una criatura humana, superior al cáliz, la impresión que produjo. El hombre que se maravilla con el ágata da más gloria a Dios que la propia ágata que lo deleitó.

Así, por un movimiento recto de mi alma en consonancia con el ágata, puedo decir: “Dios, al contemplar esa piedra después de crearla, también armonizó con ella. Ahora, dos seres consonantes con un tercero son consonantes entre sí. Dios es consonante con esa ágata, y yo, consonando con ella, soy un poco consonante

con Dios en ese momento. Eso constituye un vínculo que me hace tener encanto por el ágata.” Entonces, las cosas excelentes son amadas de un modo especial.

El Pan de Azúcar y la hierbita

A veces me complazco imaginando lo siguiente: si una piedra pudiera pensar, ¿qué diría viendo una planta? Supongan, por ejemplo, que el Pan de Azúcar, de repente, tenga cinco minutos de pensamiento, observando una hierbita crecer. Él, el grandioso y eterno paralítico, que nunca se mueve, probablemente hasta el fin del mundo, es incapaz de crecer, de disminuir, pues no tiene vida. La hierbita sí crece, y el Pan de Azúcar la contempla, estático.

En cierto momento, descubre que en sus laderas nace una hierbita, se estremece de alegría pensando: “¡Qué honra para mí! ¡Yo cargo una hierbita!” Sería bonito si una hierbita, pudiera también de repente pensar y, mirando hacia el Pan de Azúcar, dijera: “¡Qué belleza! ¡Qué coloso! ¡Cómo soy pequeña! ¡Ah! Pero yo tengo vida y el no; ¡vivan las hierbitas!”

Hay un abismo entre el reino mineral y el vegetal. Si el inferior pudiera contemplar al superior, se extasiaría, desde que no esté bajo la influencia de la Revolución.

La rosa, el sabio no bautizado, el león

Imaginen, ya no una hierbita, sino la más bella de las rosas que pudiera pensar sobre un gusano a punto de meterse en su

corola, y dijera: “¡Yo soy linda, perfumada, una obra prima! Los hombres, cuando me ven, me cogen y las damas me besan; ellos me ofrecen para lo más precioso que hay: los altares. Si ellos vieran ese gusano, lo tirarían y después lo aplastarían porque no les gusta su existencia. Pero él se mueve, siente. Yo, rosa, no siento. Me cortan, me matan y no tengo conocimiento. El gusano, a su modo, conoce – el lenguaje filosófico es más preciso: “tiene noticia” – y, viéndose amenazado, intenta huir. ¡Cómo conocer es más que ser bella! ¡Oh, gusano, feo e inmundito, que honra cargarte!”

Supongamos que un magnífico león sea capaz de contemplar un niño que está aprendiendo a rezar el Avemaría con su madre, y que apenas tartamudea: “Dios te salve María, llena eres de gracia...” Sería un aperitivo para el león, que lo podría

destronar cuando quiera. Pero si, por un momento se le diera la facultad de comprender, pensaría: “Ese niño entiende que soy un león, yo no entiendo lo que soy, ni lo que simbolizo; no pienso, no quiero. El niño se gobierna, yo no me gobierno. Soy un juguete de mis vísceras, que actúan en mí interior impulsadas por mis instintos. Apenas en este instante puedo tener conocimiento de eso. ¡Oh, obra prima!” El león veneraría al niño y se hundiría nuevamente en su falta de inteligencia.

Por otro lado, si un viejo sabio pagano, inteligente, experimentado pudiera ver en un niño bautizado su inocencia bautismal, la gracia ahí presente y cómo ese niño pertenece al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia Católica, él se derretiría en admiración por este grado más alto de vida. Porque los grados de vida hacen que los niveles superiores imiten

mejor a Dios que los inferiores. Pero toda la sucesión de categorías imita a Dios mejor que cada nivel individualmente considerado. El conjunto es óptimo.

El mar, un interlocutor interesantísimo, inagotable y grandioso

Es bonito imaginar esto cuando se contemplan panoramas. Por ejemplo, el mar. Magnífico y muy parecido con un interesantísimo interlocutor, inagotable y grandioso, al mismo tiempo capaz de decir cosas afables, encantadoras, en un rincón cualquiera de la playa, donde se enrosca entre un caracol y, por otro lado, ila al-



Daniel A.



tamar que “toca” el Cielo! Tiene zonas más tranquilas, otras que rugen dentro de un panorama marítimo y, itodo es atrayentísimo!

El mar sería un interlocutor ideal cuando nos cuenta, por ejemplo, la batalla que tuvo: “Me levanté por la mañana y el día estaba espléndido”; en él se veía la belleza del día. “Me preparé para la batalla con gran ímpetu”; ahí se sentiría la pulcritud de la juventud. “¡Luché!” Y se oyeron los clangores de todas las músicas de guerra de la Historia. El mar es una gran prosa. El imita una gran mente humana.

Pero el hombre más tonto vale más que todo el mar. Dios escalonó las cosas y estableció entre ellas estos abismos, de donde la piedra que conociera una planta sentiría un abismo, que es una pequeña imagen del abismo que hay entre la criatura y el Creador; la diferencia de la planta con el animal, del animal con el hombre son otras imágenes de ese abismo. A su vez, el hombre no bautizado y, por tanto, no perteneciente a la Iglesia, con el bautizado que está en estado de gracia, otro abismo.

Estos abismos nos hacen medir cómo Dios es diferente de todo eso. Y cada cosa nos ayuda a ver cómo es Dios. Entonces nosotros, por encima de todo, decimos:

– Dios mío, yo pensé en todo, medí todo. ¡Cómo habrá sido vuestra Madre y cómo seréis Vos!

¡Oh, silencio, oh, grandeza! Cómo el abismo, que es misterioso, tiene su belleza, y al mismo tiempo la intimidad suprema y la distancia infinita. Ambas cosas nos encantarán. Él mismo será nuestra recompensa demasíadamente grande,

según prometió Nuestro Señor Jesucristo.

Esos abismos se repiten, a su modo, en las relaciones entre los hombres. Porque, aunque en su naturaleza, todos son esencialmente iguales, en sus accidentes tienen desigualdades profundas.

Ser ávido de contemplar las superioridades

Vuelvo a lo ocurrido en el Monasterio de San Benito. Aquel benedictino que leía sobre Cneo Pompeyo en un tono de voz que reproducía, con una gravedad teutónica – era un alemán –, la impasibilidad de los siglos, daba la impresión de un desfile de la Historia, siglos desfilando grandiosos.

Si yo fuera a leer, no lo haría así. Bajo ese aspecto, él es superior a mí. Y debo ser ávido en contemplar esa superioridad que me hace sentir, conocer, aprender algo y deleitarme en esa superioridad. Más aún, una perfección que existe en el orden creado por Dios, que hasta entonces yo no conocía. Debo amar que los otros

sean superiores a mí, como también amarme rectamente cuando noto algo por el que soy más que otro. A la vez los que son más que yo deben amar mi pequeñez y los que son menos, mi grandeza. Porque en esa interrelación la creación no sólo refleja a Dios, sino que se distingue del Creador.

Lo que llamamos *flash* es, en el fondo, una metáfora para indicar el momento en que el hombre discierne lo sobrenatural. Es una vida superior a nuestra naturaleza, o sea la gracia, que es en sí misma una participación de la vida divina. ❖

(Extraído de conferencia de 9/6/1979)

- 1) Afonso d’Escragolle Taunay (*1876 - †1958). Historiador, escritor y profesor brasileño.
- 2) Cónsul y militar de la República Romana (*106 - †48 a. C.). Su victoria como comandante en la Segunda Guerra Civil de Sula le confirió el sobrenombre de Magno.



Aurora en Ubatuba, Brasil

Balduino IV, el prototipo del católico - III

Quedamos maravillados con las victorias alcanzadas por el Rey leproso contra los enemigos de la Iglesia. Sin embargo, él trabó dos combates simultáneos: uno contra los mahometanos y otro contra el lado malo que todo hombre lleva en sí. La verdadera y más dura batalla del hombre es la que enfrenta dentro de sí.

Sainte-Chapelle,
París, Francia

Pudimos destacar varias enseñanzas que se desprenden de la vida heroica, santa y magnífica de Balduino IV, el Rey leproso de Jerusalén¹. Me gustaría, sin embargo, hacer un pequeño complemento.

Es preciso dar con prontitud y alegría

He oído, a veces, la frase: “Dar mucho no basta, es preciso dar todo y para siempre.” Es muy cierto, pero

faltan aún dos elementos para que quede completa.

Cuando se pone clara a nuestros ojos la necesidad de dar, se debe hacerlo inmediatamente. A cada minuto que dejamos pasar sin haber dado, la donación se vuelve más difícil, y nos vamos despegando más penosamente del objeto de nuestro aprecio. Al final, acabamos no dando.

Si alguien, oyendo la narración de la vida de Balduino, el Rey leproso, hace el propósito de, por ejemplo,

pedir el espíritu de sacrificio, el amor a la cruz, no debe decir lo siguiente: “Más tarde voy a pensar un poco en eso y después, un buen día, comenzaré a rezar por esa intención...”

Si un impulso interior de la gracia me lleva a rezarle, voy a comenzar hoy y con una jaculatoria ahora: “Balduino, glorioso Rey leproso, idadme vuestro espíritu de sacrificio!” Y para no hacer esfuerzos y contra esfuerzos, dando algo y después volviendo atrás, se define bien lo que se da.



Pero esto mismo no basta. Es preciso dar con alegría. Quien da con tristeza, teniendo pena de sí mismo, no dio nada.

Por ejemplo, alguien toma la resolución de hacer a Dios un pequeño sacrificio, abstenerse de su mejor almohada, una vez por semana. Digamos, todos los viernes, tomando en consideración que Nuestro Señor murió un viernes por nosotros en la Cruz. La persona debe privarse de esto con alegría, porque encontró el modo de sacar mejor provecho de su almohada, que no es dormir usándola, sino darla a Dios, a María Santísima.

Entonces la persona reza: “Señor mío, os doy gracias por haber muerto por mí en la Cruz, y haberme concedido una almohada que hoy sacrifico por Vos”. Y afirma esto con el corazón alegre por haber encontrado cómo retribuir a Dios y a Nuestra Señora la inmensidad de lo que hicieron por ella. Hay una frase de la Escritura que dice: “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor. 9, 7).

Quien da con pena de sí mismo no pertenece a la estirpe de los héroes

La lepra es una enfermedad terrible, que cubre al hombre de heridas, úlceras, llagas; después van cayendo pedazos de los dedos, de la nariz, de las orejas, el hombre va pudriéndose entero. Al final de la enfermedad, es una podredumbre ambulante.

Piensen en Balduino IV andando en medio de los otros hombres y notando que es objeto del asco y del horror general. Percibe que los otros lo miran procurando disimular, pero teniendo asco. En la víspera de aquel día todavía tenía nariz, aquella noche la nariz cayó, o una oreja o un dedo, y así va pudriéndose.

Póngase cada uno en este papel: me presento ante los otros, habiendo perdido la nariz la noche anterior... Las personas, por amabilidad, fingen que no notan y preguntan cómo pasó la noche, pero interiormente piensan, dilacerados de dolor: “¿qué sucedió anoche?”

Sin embargo, delante de Balduino IV, que en la víspera de una batalla pierde la nariz, está el corcel. El Rey leproso monta a caballo, todo él es una llaga y cada vez que el caballo salta su cuerpo entero sufre. El dolor aumenta y se renueva a medida que el corcel apresura la velocidad, y cada vez que Balduino levanta el brazo para dar un golpe con la espada.

Balduino tendría dos formas de ir a la batalla. Uno sería: “Ay, mi Dios, ¿entonces Vos queréis de este pobre hijo Balduino este horror más?” Y en la hora del combate: “¡Vos lanzáis contra él un golpe que si los mahometanos lo diesen sería cruel! Durante esta noche, Señor, por manos de la lepra, Vos me arrancasteis la nariz y desfigurasteis mi cara, abriendo una fuente más de dolor en mi rostro. ¡Y todavía queréis que combata! ¡Ay, qué dolor, qué sufrimiento! Señor, yo me resigno lentamente para que todo duela lo menos posible: pongo un pie en el estribo, voy a dar el salto arriba del caballo y tengo miedo del dolor que voy a sentir. Pero salto, estoy sobre el caballo... ¡Ay, qué

J.P. Bratão



Cruz de piedra – Escorial-España

golpe de lanza, ¡qué horror! Pongo el pie en el otro estribo... Ahora, caballo, martirizador mío, ponte en camino.”

¿Habría vencido las batallas que venció si hubiese procedido así? No, porque no habría pertenecido a la estirpe espiritual de los héroes.

Lo correcto sería decir lo siguiente: “Señor, voy a la batalla, me entrego a todos los dolores y sé que, de aquí en adelante, hasta la hora de la victoria, no dejaré de sufrir dolores cada vez mayores. ¡Dolores, venid a mí!” Salta sobre el caballo y sale deprisa.

El dolor debe ser aceptado y bebido con coraje

Así debemos hacer con los sufrimientos tan menores que la Providencia pone en nuestro camino. Es una hora de estudio o de oración; un compañero que nos trata como no nos gusta ser tratados; un superior que no nos comprende bien. Sea lo que fuere, debemos decir: “Dolor, ¡ven sobre mí!”

El dolor debe ser aceptado y bebido como un hombre tomaría un vaso de vino perfecto. Algunos sorbos, y el dolor está sufrido. Es así como el hombre se vuelve valeroso. Lucha contra los mahometanos, es verdad, pero tiene dentro de sí un adversario peor que los moros: es el miedo que tiene del propio dolor. ¡Pero lo enfrenta!

Yo bien sé, por dura y amarga experiencia propia, que es la alegría de mi existencia, cuánto sufre el hombre en la vida. Si él entra en ella con miedo de sufrir, está mal posicionado y no acertará en nada. El debe entrar en la vida a la manera de Balduino, el Leproso.

Vimos el episodio de la Batalla de Montgisard². Balduino IV, con apenas trescientos guerreros, tiene frente a sí a un ejército de millares de moros. Un Balduino llorón diría: “Dios mío, ¿esto también? ¿¡Además del dolor, de la caída de la nariz, de una oreja que comenzó a pudrirse, todavía tengo que ver a estos trescientos hombres ser aplastados por el adversario?!”



Basílica del Santo Sepulcro

Aplastado ¡nunca! Un hijo de Nuestra Señora no piensa en eso. Él piensa con ánimo, con alegría en el aplastamiento estupendo que va a infligir al adversario. Sin embargo, sabe que esto no se obtiene naturalmente, porque no es posible, y está acorralado contra el paredón de la imposibilidad. Levanta los ojos al cielo y clama: “Salve Reina, Madre de misericordia...” De un modo o de otro Ella tiene compasión de él, la batalla comienza y entra en la lucha con todo su cuerpo, más que eso, con toda el alma. Algún Ángel misterioso aparece en el cielo sobre los mahometanos, esparciendo el terror entre ellos, y los católicos avanzan. Poco después ellos son

una cuña en medio de los moros, que se llenan de miedo y huyen corriendo.

Meditaciones en el Santo Sepulcro

Podemos imaginar a Balduino volviendo a Jerusalén con sus guerreros, después de la victoria y de haber recogido las armas dejadas por el adversario en la fuga, preparándose así para otras batallas. Entran en la Ciudad Santa y se dirigen al Santo Sepulcro, junto al cual meditan en lo que allí sucedió.

Se acuerdan de que en ese lugar estuvo el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, piensan en aquella sepultura cerrada, en la cual no penetraba más ni el



aire ni la luz, donde el Cuerpo del Salvador, transformado como si fuese el de un leproso, tantas eran sus heridas y sus llagas, yacía envuelto en el sudario con el cual los orientales envolvían los cadáveres, en la oscuridad completa, aplastado, reducido a la inercia y al aislamiento de la muerte, mientras la sinagoga maldita triunfaba sobre Él.

Al cabo de tres días, hacia aquella sepultura, sobre la cual se diría que ninguna esperanza flotaba más, los coros angélicos comienzan a afluir cantando, llenando de luces y de perfumes aquel lugar donde hasta hace poco hubo solo tristeza. De repente, por un movimiento venido de sí mismo, Nuestro Señor resucita. Su alma que había estado en el Limbo consolando a los justos del Antiguo Testamento, anunciándoles que estaban redimidos, al final, cumplida su misión, penetra en su Cuerpo y lo hace revivir. Todas aquellas heridas no solamente sanan, sino que se transforman en fuente de luz. De manera que su frente sagrada, hasta hace poco coronada de espinas, refulgía coronada de soles que salían de cada orificio producido por la corona de espinas.

Ciertamente, antes de aparecer a cualquier otra persona, Él estuvo en un lugar casi tan triste como una sepultura: el Cenáculo, donde María Santísima, en la penumbra, lloraba la muerte de su Hijo, a la espera del momento de la Resurrección. Cuando de repente, entra radiante.

Sin duda, nos agrada imaginar la última mirada de Jesús a Nuestra Señora, desde lo alto de la Cruz, cuando se miraron y, enseguida, cerró los ojos y murió. ¡Una cosa extraordinaria! ¿Cómo habrá sido, entonces, la primera mirada después de la Resurrección? ¿Cómo la inundó de alegría, de felicidad, y cuál habrá sido el diálogo de los dos en aquel momento!

La mayor batalla del hombre es la que traba dentro de sí

Quizás Balduino IV tuvo en vista todo esto en el momento sagrado en que penetró en el Santo Sepulcro, paso tras paso, cargando todos sus dolores, todas sus glorias, tal vez ciñendo la corona real encima de aquel monte de llagas que él era, y

besando con indecible veneración y ternura aquella sepultura.

No consta que haya perdido la curación. Si la pidiese, probablemente habría salido curado. Pero el Rey leproso trababa dos batallas simultáneas: una era contra los mahometanos, otra contra el lado malo que todo hombre lleva en sí. No estaba concebido sin pecado original y, por tanto, tenía lados malos, como todos nosotros; pero los combatía. Es mucho más duro combatir el propio lado malo que un moro que se tiene enfrente. La verdadera batalla del hombre no es la que traba fuera de sí, sino la que enfrenta dentro de sí.

Balduino rezó a Nuestro Señor y, a no ser en el día del Juicio, no podremos saber qué le respondió el Divino Redentor. El hecho es que el “rey de los dolores” salió de allí probablemente más llagado, más dolorido, más alegre y grandioso.

Por cierto, al lado de la admiración que la figura excelsa de ese rey leproso produce, nace una perplejidad: “Pero si el Dr. Plinio piensa que debo encontrar cosas de esas en mi camino, ¡no tengo valor ni medios de hacer lo que él hizo!” Él levanta ante mí una montaña alta como el Himalaya, y después me dice: “¡Suba!” ¿Pero no percibe que no tengo ganas de subir el Himalaya, ni quiero sufrir tanto así? ¿Cómo es que el Dr. Plinio me incita a una cosa para la cual, en último análisis, cualquier hombre se podría preguntar: “¿tendré coraje?”

Respondo lo siguiente: Es verdad, y si yo – que no tengo el derecho de compararme a Balduino IV – hubiese sabido, cuando joven, todo cuanto iba a sufrir, tal vez no hubiese tenido coraje. Ya de niño tuve batallas muy duras que enfrentar, y no sentí coraje. Pero hice una cosa: me arrodillé delante de una imagen blanca, en la Iglesia del Corazón de Jesús, y sin coraje de avanzar, pero no queriendo de ningún modo retroceder, dije: “¡Salve Reina Madre de misericor-



El Dr. Plinio durante una conferencia, en 1991

dia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!”

Una música que podría ser el cántico de guerra de Balduino

La palabra “salve” en latín, es un saludo, como quien dice “buenos días”. Pero yo era niño y sabía unos rasguños de latín que se aprendía en la secundaria. Yo pensaba que “salve” quería decir “sálvame”, y entonces decía en este sentido: “¡Sálvame, Reina!” ¡Dame fuerzas, dame coraje, Vos que sois Madre de misericordia”!

Nunca había prestado tanta atención en aquella oración como en aquel momento en que yo estaba afligido, y pensaba: “Ella es madre como mi mamá...Cómo mi mamá es buena, cómo ella tiene pena de mí, cómo yo confío en ella, y cómo la quiero bien. Pero Nuestra Señora me quiere más bien de lo que mamá me quiere. Estoy aquí como un trapo sucio a los pies de Ella, no siento fuerza para ser bueno, pero tengo certeza de que, pidiendo a la Madre de misericordia, Ella me dará esta fuerza y acabaré, con el auxilio de Ella, venciendo la batalla de mi vida, que consiste en ser verdaderamente católico apostólico romano”.

A partir de ese momento, la Salve Regina fue la respiración de mi alma. En todas las aflicciones de mi vida - ¡cuántas y cuántas fueron! – el coraje nunca me faltó, porque Ella me lo daba. Y esto porque la Santísima Virgen resolvió oír la oración extremadamente afligida de un niño afligido, y tengo certeza de que Ella misma, en aquel momento de aflicción, moviendo las cosas, hizo que yo fuese a parar allá, delante de su altar. Puedo afirmar que, en todos los trances de mi vida, nunca dejé de pedir fuerzas a Nuestra Señora, y Ella nunca dejó de darme las fuerzas que yo necesitaba.

Sé que parezco un hombre muy decidido, muy fuerte; gracias a Dios lo soy porque Ella me da la fuerza. Si Ella me abandonara, yo caería como un pétalo de una flor al piso; viene la escoba y lo echa a la basura, ¡todo acabado! Yo tengo esa fuerza porque Ella es mi fuerza.

Hay una canción lindísima, que me llena el corazón y el alma, cuya letra es la oración del paracaidista francés: “*Mon Dieu, donne-moi la souffrance...*”³ Este podría ser el cántico de guerra de Balduino, el Leproso, a la hora de montar a caballo y avanzar, en medio de cien dolores y aflicciones, en el auge del sufrimiento, pero también entre mil actos de amor a Dios y de alegría por estar sufriendo por Él. Y con su alma limpiísima de la lepra del pecado, iderribando la cabeza de cuántos malhechores empedernidos!

Balduino IV no está canonizado, pero podemos suponer con qué amor su alma fue acogida por Dios, y con qué gloria nos aparecerá en el día del Juicio. Por cierto, él está en el Cielo oyendo este comentario, hecho en este Brasil lejano del cual no tenía idea que pudiese existir en aquel tiempo, este Brasil en el cual, en el siglo XIII, habitaban apenas tribus de indios, en medio de la oscura jungla de las selvas brasileñas, pero donde hoy se elevan exclamaciones de entusiasmo por el ejemplo que él dio. Exclamaciones de personas esperanzadas de seguir ese ejemplo y ser verdaderos batalladores dentro y fuera de sí mismos. Es lo que yo les deseo con toda el alma. ❖

(Extraído de conferencia de 25/5/1991)

1) Cf. Revista Dr. Plinio, No. 28, p. 14 y No. 29, p.22, agosto y septiembre de 2020.

2)Cf. Revista Dr. Plinio No. 29 p.22, septiembre de 2020

3)Dios mío, dame el sufrimiento

Imagen de Nuestra Señora Auxiliadora en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en São Paulo, Brasil



SANTORAL



San Dionisio

1. Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia († 1897).

Beato Antonio Rewera, presbítero y mártir († 1897). Fue deportado de Polonia para Dachau, Alemania, donde obtuvo en medio de los tormentos la corona del martirio.

2. Los Santos Ángeles de la Guarda.

Beato Juan Beyzym, presbítero († 1912). Jesuita polaco, ejerció su ministerio entre los leprosos en Fianarantsoa, en la isla de Madagascar.

3. Bienaventurados Andrés de Soveral, Ambrosio Francisco Ferro, presbíteros, y **compañeros**, mártires († 1645).

San Gerardo de Brogne, abad († 959). Fundador y primer superior de la Abadía de Saint Gérard, en Brogne, Bélgica. Se dedicó a la renovación de la disciplina monástica en Flandes y en Lotaringia.

4. Domingo XXVII del Tiempo Ordinario.

San Francisco de Asís, religioso († 1226).

Beato Francisco Javier Seelos, presbítero († 1867). Sacerdote redentorista oriundo de Baviera, trabajó dando asistencia a los niños, jóvenes e inmigrantes de la ciudad de Nueva Orleans, Estados Unidos.

5. San Benito de Palermo, el Negro, religioso († 1589). Hijo de ex esclavos, ingresó en un convento franciscano de Palermo, Italia. Fue un religioso ejemplar, destacándose por su humildad y obediencia.

6. San Bruno, presbítero y eremita († 1101).

San Francisco Tran Van Trung, mártir († 1858). Soldado Vietnamita decapitado en An Hoa, Vietnam, por rehusarse a negar la Fe Católica.

7. Nuestra Señora del Rosario.

8. Santa Ragenfreda, abadesa († S. VIII). Erigió con sus propios bienes el monasterio de Denain, Francia, del cual fue la primera abadesa.

9. San Dionisio, obispo, y **compañeros**, mártires († S. III).

San Gisleno, monje († S. VII). Eremita en el bosque de Henao, Bélgica, fundó allí mismo un monasterio en honor de San Pedro y San Pablo, dando origen a la ciudad de Saint Ghislain.

10. Beato León Wetmanski, obispo y mártir († 1941). Obispo auxiliar de Plock, Polonia, martirizado en el campo de concentración de Dzialdowo.

11. Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario.

Santa María Soledad Torres Acosta, virgen († 1887). Desde su juventud dedicó extraordinaria atención a los enfermos necesitados, a los cuales atendía con infatigable abnegación. Fundó para ese fin, en Madrid, la congregación de las Siervas de María y Ministras de los enfermos.

12. Nuestra Señora del Pilar, Patrona de la Hispanidad.

Nuestra Señora de la Concepción Aparecida.

San Serafín de Montegrano, religioso († 1604). Capuchino del Convento Ascoli Piceno, Italia. Tuvo dos grandes devociones: el Crucifijo y el Santo Rosario.

13. San Gerardo de Aurillac, lego († 909). Conde de Aurillac, Francia, fue ejemplo para los príncipes, viviendo con la piedad y austeridad de un monje.

14. San Calixto I, Papa y mártir († c 222).

Santa Angadrisma, abadesa († c. 695). Superiora del monasterio de *Oröer des Vierges*, fundado por San Ebrulfo en las proximidades de Beauvais, Francia.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia († 1582).

San Severo de Tréveris, obispo († S. V). Fue compañero de San Germano de Auxerre en la lucha contra la herejía pelagiana en la Bretaña y predicó a los germanos el Evangelio. Murió en Tréveris, Alemania.

16. Santa Eduvigis, religiosa († 1243). **Santa Margarita María Alacoque**, virgen († 1690).



Samuel Holanda

* OCTUBRE *

San Longino († S. I). Soldado romano que perforó con su lanza el costado de Nuestro Señor crucificado.

17. San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir († 107).

Beato Pedro de la Natividad de Santa María Virgen Casani, presbítero († 1647). Religioso escolapio fallecido en Roma que, además de trabajar en la educación de los niños, atrajo multitudes con su predicación.

18. Domingo XXIX del Tiempo Ordinario.

San Lucas, Evangelista. *Ver página 2.*

San Asclepiades, obispo († 218). Insigne confesor de la Fe en los tiempos de las persecuciones, en Antioquía, actual Turquía.

19. Santos Juan de Brébeuf y compañeros, presbíteros y mártires († 1642-1649). Jesuitas franceses, martirizados en Canadá en el Siglo XVII.

San Pablo de la Cruz, presbítero († 1775). Desde joven se destacó por su vida penitente, celo ardiente y caridad con los pobres y enfermos. Fundó la Congregación de los Padres Pasionistas.

20. San Vital de Salzburgo, obispo († c.730) Discípulo de San Ruperto, compañero de viajes e imitador de sus trabajos y viglias. Fue su sucesor como obispo y abad del monasterio de San Pedro, en Salzburgo, Austria.

21. Beato Pedro Capucci, presbítero († 1445). Dominicano italiano, que meditando sobre la muerte se guió a sí mismo hacia las realidades celestiales y exhortó a los fieles en sus predicaciones a no caer en la muerte eterna.

22. San Donato Scoto, obispo († c.875). Noble irlandés que, deseoso de perfección, inició una vida de peregrinaciones. Fue elegido Obispo de Fiesole, Italia, cuando estaba en camino a Roma.



San Donato Scoto

23. San Juan de Capistrano, presbítero († 1456).

Beata María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja Paillot, virgen y mártir († 1794). Religiosa ursulina, guillotizada durante la revolución francesa en Valenciennes.

24. San Antonio María Claret, obispo († 1870).

Beato José Baldo, presbítero († 1915). Fundador de la Congregación de las Pequeñas Hijas de San José. Con gran devoción eucarística se dedicó a las obras sociales y catequesis, en Verona, Italia.

25. Domingo XXX del Tiempo Ordinario.

San Antonio de Santa Ana Galvão, presbítero († 1822). Religioso franciscano y fundador del monasterio concepcionista de Nuestra Señora de la Luz en São Paulo, Brasil.

26. San Ceda, obispo († 664). Ordenado Obispo de los sajones orientales por San Finán. Fundó varias iglesias y monasterios, entre ellos el de Lastingham, en Yorkshire, Inglaterra.

27. San Gaudioso, obispo († S. V/VI). Obispo de Abitinia, en Túnez, que huyendo de la persecución de los vándalos terminó sus días en un monasterio por él fundado en Nápoles, Italia.

dalos terminó sus días en un monasterio por él fundado en Nápoles, Italia.

28. San Simón y San Judas Tadeo, Apóstoles.

San Rodrigo Aguilar, presbítero y mártir († 1927). Fue ahorcado en un árbol en la ciudad de Ejutla, México, después de ser delatado por un falso amigo.

29. San Teodario, abad († c. 575) Monje de la región de Vienne, Francia, nombrado por su obispo “intercesor delante de Dios” y penitenciario mayor para toda la diócesis, por la sabiduría de sus consejos.

30. Beato Ángel de Acri, presbítero († 1739). *Ver página 22.*

Beata Bienvenida Boiani, virgen († 1292). Terciaria dominica, que consagró su vida a la oración y penitencia, en Cividale del Friuli, Italia.

31. San Wolfango, obispo († 994). Monje benedictino elevado a la sede episcopal de Ratisbona, Alemania. Dio nuevo impulso a la vida religiosa y restauró la disciplina del clero.



San Longino



Proclamando las verdades sin velos

En sus predicaciones, el Beato Ángel de Acri increpaba los pecados practicados por muchos de sus oyentes, animándolos después para que tuvieran mucha confianza en la Santísima Virgen. Al igual que en La Vendée, en la región evangelizada por el Beato Ángel de Acri también surgió un movimiento contra-revolucionario que luchaba en favor de la Santa Sede.

El día 30 de octubre conmemoramos la fiesta del Beato Ángel de Acri. Los datos biográficos que serán comentados han sido extraídos de la obra *Vida dos Santos*, del P. Rohrbacher¹.

Infatigable apóstol del sur de Italia

Ángel, que sería el grande e infatigable apóstol del sur de Italia en el transcurso del siglo XVIII, nació el 19 de octubre de 1669, en Acri, Calabria. Hijo de un obrero, ingresó en la Orden de los Capuchinos en la cual fue misionero cerca de cuarenta años.

Sus sermones atraían a millares de oyentes y el número de conversiones era impresionante. Recibió una gracia especial de conducir a los infieles a la fe, y previó los males que la Filosofía de su siglo haría a la Religión.

Cuentan sus biógrafos que su primer sermón había de ser predicado en la Cuaresma. Ángel se preparó profundamente, estudiando y planeando. Fue un fracaso. Entristeciéndose sobrema-

nera imploró a Dios que lo socorriera, haciéndole ver lo que Él quería.

Oyó entonces una voz misteriosa que le dijo: “Yo soy Aquél que es. Nada temas, pues Yo te concederé el don de la palabra y tus trabajos jamás serán inútiles. En el futuro, predicarás solamente con un estilo simple, para que todos puedan comprender bien tus palabras.”

El Bienaventurado comprendió entonces lo que era realmente importante. Quemó los sermones que había preparado y desde aquel día sólo consultó las Sagradas Escrituras, sin abandonar nunca su crucifijo.

Aunque era el guardián del Convento de Acri, Ángel fue más tarde Provincial. Toda su vida fue de grandes y fructíferos trabajos apostólicos, y llena de milagros. Atravesaba corrientes de agua a pie enjuto y, muchas veces, en tiempo increíblemente corto, venció largas distancias para confesar a un enfermo o predicar en lejanas aldeas. Ciego durante un período de su vida, recuperó la vista para celebrar la Misa y rezar el Oficio.

El 30 de octubre de 1739, con setenta años, entregó su alma al Crea-

dor, a quien sirviera sin descanso. Fue beatificado por León XII, en 1825.

El siglo de la elegancia, de la distinción y el buen gusto...

Vemos resumida aquí la vida de uno de esos padres famosos, que dieron el perfil al misionero de la Orden de los Capuchinos, los cuales constituyeron uno de los ejércitos más adelantados y eficientes de la causa contra-revolucionaria de la Iglesia, en el siglo XVIII.

Para comprender bien esto, necesitamos tener una idea clara del siglo XVIII, cuáles eran sus desmanes, como también sus cualidades, y colocarnos un poco en relación a lo que era la Orden Capuchina y su misión especial en aquel tiempo.

Al final de aquel siglo se dio la Revolución Francesa, en 1789, extendiéndose, si se quieren contar sus etapas, hasta 1821, con la muerte de Napoleón. Fueron, por lo tanto, más o menos 30 años de revolución continua, una de las mayores revoluciones de la historia. Pero esta enorme

revolución durante todo el siglo XVIII, no dejó de fermentar continuamente, de tal forma que, habiendo recibido los malos fermentos del protestantismo del siglo XVI y sumados a los de los siglos XVII y XVIII, estos fermentos llegaron a una especie de entumecimiento enorme que se adhería de preferencia a determinadas clases sociales, y se caracterizaba con rasgos especiales.

El siglo XVIII fue, de un lado, la época en la cual ciertos atributos de civilización, nacidos de la Iglesia Católica, llegaron a su pleno apogeo. Fue el siglo de la elegancia, de la distinción, del buen gusto, de las buenas maneras, de los grandes literatos, de grandes artistas y de la vida de corte llevada a su más alto grado de florecimiento.

Pero como todas las cosas en este mundo, aunque sean buenas, sólo consiguen evitar su propia decadencia y putrefacción cuando están unidas profundamente a la Iglesia, y como, infelizmente, en el siglo XVIII había un divorcio cada vez mayor entre la sociedad y la Iglesia, sucedió que esas cualidades nacidas de la Civilización Cristiana fueron profundamente deterioradas por la impiedad del siglo.

...se deterioró por la fragilidad, la molicie y el sentimentalismo

Tenemos, entonces, esta paradoja: fue el siglo de la delicadeza por excelencia, pero de una excelencia deteriorada hasta la fragilidad, la molicie y una especie de exageración del sentimentalismo. Fue el siglo de la



Beato Ángel de Acri
Convento de San Antonio, Gela, Italia

Flávio Lourenço

por eso mismo, muy allegada a la nobleza, tendiendo incluso a mezclarse con ella.

Clero, nobleza y burguesía entraron en decadencia

Es doloroso decirlo, pero el clero estaba tan trabajado por el espíritu de su tiempo, por el ateísmo, por el libertinaje, por el gusto de las costumbres depravadas, que no era raro encontrar padres, obispos o hasta cardenales declaradamente ateos. Recibían cargos eclesiásticos que en la sociedad de aquel tiempo eran considerados de muy buena renta, y llevaban después una vida absolutamente como la de cualquier civil.

Los conventos de religiosas eran un poco más moralizados que los de

los frailes. Pero eran también unos depósitos de solteronas. Las familias eran muy numerosas, y las de la nobleza no tenían dinero, muchas veces, para mantener en el estado propio del noble a todas sus hijas. Entonces, empujaban hacia las Órdenes Religiosas a las hijas que no podían sustentar financieramente. Por lo tanto, ingresaban a ellas sin vocación. Eran conventos ricos que proporcionaban una vida de hartazgo y comodidad a las religiosas que, pudiendo mantener relaciones sociales, llevaban una vida mundana y tranquila, sin preocupaciones económicas.

Los hombres de la nobleza conservaban la valentía de los antiguos tiempos, siendo habitualmente muy buenos guerreros. En la sociedad eran hidalgos brillantes, pero también profundamente apartados de la

distinción, pero también de la sensualidad. Podríamos colocar en columnas las varias cualidades y las antítesis de éstas. Una especie de elevación de la luz primordial² y, al mismo tiempo, de explosión del pecado capital de Europa. Al final del siglo XVIII, naturalmente, las cualidades deterioradas superaban grandemente a las buenas. Como resultado, explotó la Revolución francesa.

Las clases sociales principalmente afectadas por este deterioro eran las élites. Hay un proverbio antiguo que dice que el pez muere por la boca. De esta forma, la putrefacción de cualquier sociedad tiene su inicio en las clases más altas.

¿Cuáles eran esas clases en aquella época? El clero, que era la primera; la nobleza, segunda clase social; y, después, la alta burguesía, muy rica y,



Basilica dedicada al Beato Ángel, Acrí, Italia

práctica de la Religión y entregados a los placeres de la vida.

La alta burguesía trataba de imitar a la nobleza como podía, meterse en ella por medio de matrimonios con miembros de la nobleza empobrecida, con el fin de subir de clase social. Así, la burguesía que fuera en el siglo XVII una clase muy moralizada, se estaba contaminando de todos los defectos de la nobleza.

Dios suscita Órdenes Religiosas para preservar al pueblo de los errores de la Revolución

Sin embargo, el pueblo no había sido aún penetrado a fondo por todas esas deformaciones inherentes a la impiedad, al ateísmo, al enciclopedismo y a los errores filosóficos y morales del siglo XVIII. Sobre todo, cuando se trataba del pueblo menudo que vivía en las ciudades medias y pequeñas, o en el campo.

Se trataba, por lo tanto, de realizar la contra ofensiva en la Iglesia, en un sentido contra revolucionario

y en dos líneas completamente diferentes: en la alta sociedad y en el pueblo.

Actuando junto a la alta sociedad, estaba, desde hacía tiempo, la Compañía de Jesús, la cual, en los tiempos heroicos de la Contra Reforma, prestó grandísimos servicios designando a sus miembros para ser confesores de reyes, príncipes, cardenales, papas, grandes señores feudales, burgueses influyentes y, con esto, favoreciendo la buena orientación de la alta sociedad. Los jesuitas tenían grandes intelectuales, es-

critores, oradores y muy buenos políticos. Sin embargo, a lo largo del siglo XVII, la Compañía de Jesús entró en decadencia y fue cerrada en el siglo siguiente, en parte por sus cualidades, en parte por sus defectos.

La alta sociedad rodaba así por el camino de la apostasía, no siendo suficiente la acción de grandes santos como San Alfonso María de Ligorio y el bienaventurado Inocencio XI, para contener la avalancha de la impiedad.

Era necesario que una Orden religiosa sostuviera, por lo menos, al pueblo menudo en la práctica de la Religión. Para esto, Dios se sirvió, en buena medida, de la Orden de los capuchinos, que son la rama más austera de la familia franciscana, y cuyos predicadores eran misioneros dedicados principalmente a evangelizar al pueblo. Para eso, debían ser predicadores populares, decir las verdades con claridad; representar, en todo su modo de ser y actuar, en las virtudes que el siglo negaba, a la Religión Católica. De hecho, en el siglo XVIII, la Orden capuchina brilló por varios misioneros do-

tados de esas cualidades que contribuyeron mucho para evitar que el pueblo se hiciese revolucionario.

El Beato Ángel consiguió un número enorme de conversiones

Por esta narración de la vida del Beato Ángel de Acrí, vemos cómo era un hombre extraordinariamente adornado de cualidades para esto. Dios lo suscitó en una parte de Europa que, hasta hacía poco tiempo había sido la menos desarrollada de Italia, o sea, el sur del país, la Calabria, la isla de Sicilia. Un territorio montañoso, con accesos difíciles, donde se gastaba mucho tiempo en movilizaciones, con mucho bandidismo que atacaba a los transeúntes cuando se desplazaban de un lugar hacia otro, dificultando así que se realizaran correctamente las misiones.

Él, un hombre del pueblo, quiso comenzar como predicador haciendo una gran homilía, pero la Providencia le dio una gran lección. Nada de sermones rebuscados. Estos deben ser simples, diciendo clara y directamente las verdades; y él, que había preparado un portentoso sermón, fue a hacerlo y... ¡gran fracaso! Entonces aprendió la lección; lloró a los pies de Dios que le hizo conocer que debía hacer predicaciones sencillas, inspiradas en la doctrina de la Iglesia; por lo tanto, también en la Revelación – de la cual la Doctrina de la Iglesia no es sino una explicación e interpretación auténtica –, y que le sería necesario dirigirse al pueblo con un lenguaje comprensible por todo el mundo, hablando más por la piedad que por los grandes argumentos. Porque, el predicador popular debe ser así.

Después, Dios hizo que sus palabras fuesen tocadas por la gracia y produjesen un número enorme de conversiones. Esas conversiones no eran fruto de las sublimidades de los argumentos por él invocados, sino del contagio de la santidad del predicador, de la solidez de su doctrina,

de la sencillez de su lenguaje, y del efecto que su personalidad producía sobre los oyentes.

De hecho, su santidad era contagiosa; los oyentes escuchaban sus palabras y quedaban entusiasmados hasta el punto de convertirse en gran número.

¿En qué consistía esa conversión? Eran personas que por ignorancia y por la falta de buenos pastores habían abandonado la Religión. Y el Beato Ángel las conducía en buena cantidad hacia la práctica de la Religión. Por lo tanto, se trataba de personas católicas, en su raíz, pero frías en sus costumbres. Por eso, eran católicos tibios los que él convertía.

La Providencia le concedió el don de hacer milagros

Para hacer su predicación más eficaz, Dios le concedió el don de hacer milagros. Por ejemplo, todos concuerdan en que fue muy grande el milagro de atravesar el mar rojo, a pie enjuto, como lo hicieron los judíos. Ahora bien, el beato Ángel de Acrí, varias veces y, a la vista de un pueblo atónito, atravesaba corrientes de agua, torrentes, ríos, y llegaba seco al otro lado.

O entonces se dirigía con rapidez a lugares de accesos extremadamente complicados. Las personas notaban que el fraile había recorrido con rapidez una distancia enorme, cuando ningún caballo podía llevar a un caballero a esa velocidad. El milagro era patente.

Podemos imaginar la impresión causada por esto en el pueblo menudo, que no entiende mucho de argumentos apologeticos, pero que viendo al buen predicador obrar esos milagros, quedaba entusiasmado y exclamaba: “Dios está entre nosotros”, se daba una buena salva de aplausos y estaba realizada la conversión.

¡Qué halo de santidad se constituía en torno de ese predicador! Un hombre alto o bajo, flaco o gordo, poco importa, revestido de un simple sayal franciscano, propio de quien abandonó todas las pretensiones de la tierra, con un rosa-

rio en cuyo crucero va una calavera, para indicar que el capuchino debe tener la muerte constantemente delante de sus ojos. Grandes ayunos, sandalias, mortificación, abandono de todas las cosas, una gran barba – en una época en que nadie la usaba o incluso era tenido por ridículo o feo dejarla tan larga –, tonsura con aquellos dos surcos propios de los franciscanos de la era constantiniana.

En los sermones atacaba principalmente los errores de la época

Imaginemos la impresión causada por todo esto en una iglesia cualquiera encaramada en un monte de Calabria, en donde había una pequeña aldea con cien o doscientas personas, a quienes se les anunciaba la venida del padre! La campana de la aldea tocaba y todos los campesinos de los alrededores acudían llevando a sus niños. Entonces se daba una gran concentración en el pequeño poblado, para escuchar fascinados la pa-

labra del fraile. Una nochecita en el mes de María, la iglesia iluminada con pocas velas, pues eran pobres y no tenían dinero suficiente para realizar un culto estupendo. Presumiblemente, comenzaban con cánticos, entonados por bonitas y afinadas voces como las hay en el Sur de Italia. Un cántico espléndido, por ejemplo, una letanía en honra de Nuestra Señora.

De repente, todo cesa y el fraile tendido como santo, sale de la sacristía y sube al púlpito arreglado según el clásico sistema capuchino: el crucifijo fijado al púlpito un poco en diagonal. El predicador se arrodilla mientras el coro canta el Ave María. Se percibe que el santo reza. El público queda a la espera de que, en cualquier momento, se levante y realice un milagro. Fray Ángel se yergue con simplicidad y comienza a hablar, como dice la ficha hagiográfica, atacando principalmente los errores de la época y, ejerciendo aquella forma de elocuencia popular y varonil, que caracterizó a los capuchinos y que consistía



Púlpito de la Catedral de San Salvador, Jujuy, Argentina



en gran medida no sólo en enseñar el bien, sino en vituperar el mal.

A veces, según el estilo de los capuchinos de su tiempo, se dirigía a las personas del auditorio para censurar alguna costumbre o vestimenta inmoral: “Esta señora, vestida con ese traje... ¿Se da cuenta de que ese escote pronunciado es una ofensa a Dios? ¿No querría cubrirse con el chal de la amiga que está a su lado? ¡Por favor, hágallo!” Eso en los pueblos italianos del sur, vivaces como son, daría lugar a comentarios... “Ahora sí Pepa quedó avergonzada”.

O entonces, desvendando el estado de alma de uno u otro oyente: “Usted pensó tal cosa, pero eso no es verdad”. El individuo formula por dentro una objeción y el predicador le dice: “También eso que acaba de pensar está errado, por tal razón...”

Después de “golpear” al auditorio, hablaba de la confianza en Nuestra Señora

Se puede comprender bien el impacto de esto sobre la población. El celo aumenta, el entusiasmo hierve, se acentúa la sensación de que Dios está presente. En fin, mil movimientos del alma se hacen sentir.

Después de haber “golpeado” bien a su auditorio, comenzaba entonces la parte de la misericordia y de la bondad: “No desesperéis, iconfiad en Nuestra Señora que es Madre de toda bondad!” Cita algún episodio bonito del Evangelio, y termina recomendando la oración y la confianza ilimitada en Dios. Llanto y contrición. El Padre termina con la bendición del Santísimo Sacramento y luego va al confesionario quedándose allí a veces hasta la madrugada, hasta la hora de la Misa, oyendo los pecados de aquella gente, dando la absolución y recomendando penitencia.

Tres, cuatro días de estadía de un padre así en una parroquia, y ella quedaba regenerada. Durante años

se citaban de memoria trechos de sus sermones. Se contaban casos referidos por él, se narraban sus milagros... El paso de aquel padre por allí era como una bendición que dejaba un perfume durante años, a veces a lo largo de una generación entera. Así era el paso de un capuchino de gran estilo por aquellas poblaciones.

El movimiento de los sanfedistas

Los resultados eran apreciables. Por ejemplo, San Luis María Grignon de Montfort, gran misionero, predicó en la *Vendée*, y aquella región de Francia llegó a ser el foco de la reacción contra la Revolución Francesa. Se sabe menos frecuentemente que hubo una especie de *Vendée* en esa zona evangelizada por el Beato Ángel de Acri, que fue el movimiento de los llamados sanfedistas, campesinos que luchaban contra los errores de la Revolución y a favor de la Santa Sede, teniendo como jefe al Cardenal Fabrizio Ruffo, quien armó y mantuvo una cruzada en el sur de Italia, golpeando violentamente a los partidarios de la Revolución. Eran las predicaciones de hombres como el Beato Ángel las que producían esas transformaciones y prepararon esos lindos movimientos de alma.

A través de estos ejemplos comprendemos mejor el disparate de quienes presentan los medios clásicos de evangelización de la Iglesia como decrepitos y obsoletos, y proclaman que, si la Iglesia no se moderniza completamente y no abandona sus viejos métodos, no tendrá fecundidad alguna. Esas personas presentan muchas veces como argumento su propia experiencia: “Hoy en día ya no sirve hacer sermones. ¡Mire el resultado de mi sermón! La confesión, no produce efecto ninguno. Vea lo que sucede cuando atiende confesiones...”

Alguien así nos deja con el deseo de responder: “¿No se da cuenta de que el mal está en usted? Es eviden-

te: un sermón predicado sin celo, sin entusiasmo, sin dedicación, a la manera de un burócrata insípido, ciertamente no mueve a nadie. Para que un sermón mueva a alguien es necesario que sea predicado por quien tiene a Dios consigo. Ahora bien, si usted no está junto a Dios es un mundano pervertido con las máximas del siglo. ¿A quién espera convertir? Un perverso no convierte a nadie, antes pervierte a quien lo escucha. Si usted fuese un hombre como el Beato Ángel de Acri, vería cómo saldrían otros resultados de su predicación. Lo mismo se aplica al Sacramento de la Confesión. Esos medios no han envejecido. El problema es que en usted entró en decadencia la gracia. Si abusa de su sacerdocio, al menos no blasfeme contra él acusándolo de ineficaz. Reconozca que no hace uso de él como sería de desear.”

El traje del capuchino simbolizaba su ruptura con el mundo

Si tuviésemos mil de esos beatos, ¿Brasil no sería otra nación? Ni sería necesaria la televisión para esto. ¿La televisión suple esto? ¿Será que ver a un santo por la televisión es lo mismo que contemplarlo en la iglesita vieja, en un contacto personal, de alma a alma, en el púlpito cuya escalera cruje cuando él la sube? Mucho más eficaz que grabar discos o películas para el cine es la presencia personal del hombre de Dios, con la acción personal que él desarrolla. Lo que mueve a los hombres realmente es esto.

No soy contrario a la televisión católica. Sobre todo, y principalmente, no soy contrario a la prensa católica. Esto queda patente por las muchas actividades que he ejercido. Pero la propia prensa, ni de lejos, produce el efecto de la acción personal. Ésta es la primera y la más eficaz de las acciones, y es insustituible. Cuando el clero es incapaz de ejercer la acción

personal, él no es capaz de absolutamente nada, porque éste es el punto esencial de la actuación del clero.

El capuchino producía un efecto propio porque su traje simbolizaba su ruptura con el mundo. Era un traje en que estaba anunciado que él no tenía nada que ver con el siglo. Podemos imaginar aquella época en la que tantas personas usaban ropa de sedas magníficas, terciopelos estupendos, bordados en oro y plata, formas elegantísimas, sombreros con plumas, joyas esplendorosas, carruajes que parecían unas lindas andas, calzados y zapatos de charol; y, si fuere noble, con tacones rojos. De repente, llega un capuchino con aquel sayal rústico, descalzo, y diciendo todas las verdades sin velo ninguno. ¡Qué efecto algo así de estas podía producir!

Debemos abandonar la maldita idea de que podemos atraer a los otros con sonrisitas y amabilidades de vendedor ambulante. La habilidad para conquistar un alma no es la misma que necesita tener un individuo para vender una navaja, un juguete o una naranja. Son acciones completamente diferentes.

El gemido del malo es una manifestación de admiración tan segura como el aplauso del bueno.

Necesitamos, entonces, entrar en los ambientes como heraldos, queriendo tan sólo conquistar las almas para Dios y, por lo tanto, proclamando la verdad a la manera de campanas en lo alto de un campanario, cuyo sonido desciende, y la ciudad entera puede oír.

Se podría objetar que esa actitud no atrae la admiración de nadie.



Divulgação (CC3.0)

Para responder a esa objeción es necesario definir qué es propiamente la admiración. Habitualmente se tiene sobre la admiración un concepto enteramente primitivo: “Son objeto de admiración las personas que provocan elogios”.

En realidad, el sentimiento más raramente manifestado por las personas es el de la admiración. Se puede incluso admirar y quedarse quieto, pero la palabra elogiosa no es el síntoma necesario de la admiración, porque muchas veces las personas elogian, pero de hecho no admiran. Enaltecen a alguien porque es moda, por causa de conveniencias de todo orden.

¿Cuál es el verdadero síntoma de la admiración? En el fondo, es admirado aquel que atrae la mirada, en quien se fijan las atenciones y que provoca reflexión. Éste consiguió un primer grado de admiración. Cuando la palabra dicha no es aceptada, sino que se vuelve como una papa calien-

te en la cabeza del oyente, quien continúa durante mucho tiempo tratando de refutar a aquel que la pronunció, esa es la prueba de que éste fue admirado. Él marcó a fuego aquella alma. Quien dice la verdad puede ser objeto de una campaña de silencio, ser criticado, eventualmente expulsado. Esto se dará justamente por haber causado una dificultad en la conciencia de todo el mundo. Éste es admirado.

Por cierto, la admiración no está, necesariamente, en hacerse expulsar, sino en ser expulsado; en ciertas circunstancias, es una sólida prueba de admiración. Nuestro Señor Jesucristo fue admirable en todo. Sin embargo, el profeta Simeón dijo que Él había sido puesto en Israel para que se descubriesen los pensamientos de muchos corazones. Realmente, así actúa el hombre verdaderamente admirado. Edifica al bueno, dejando en el alma la marca de la virtud; y sacude al malo dejándolo incómodo. El gemido del malo es una manifestación de admiración tan segura como el aplauso del bueno.

Si tuviésemos todo esto bien presente en nuestro espíritu, icómo sería diferente nuestro apostolado! ❖

(Extraído de conferencia de 30/10/71)

- 1) Cfr. ROHRBACHER, René François, *Vida dos Santos*, São Paulo: Editora das Américas, 1959. v. XIX, págs. 85-87.
- 2) Término acuñado por el Dr. Plinio para designar la aspiración que todo ser humano tiene de contemplar las verdades, virtudes y perfecciones divinas de un modo propio y único, por el cual dará su gloria particular al Creador.



Fundador de la Europa Católica

Carlomagno difundió la cultura, favoreciendo la formación de monasterios donde surgió la literatura. Fue coronado Emperador por el Papa en Roma. Aparece en la historia como un gigante que, al mismo tiempo, liquida todos los elementos de deterioro y agresión, y comienza a implantar lo que hoy es Europa.

En cierto momento de la historia de Occidente, Carlomagno aparece como el evangelizador de los pueblos que viven en las regiones que eran entonces el centro histórico de Occidente, es decir, toda la cuenca del Mediterráneo, que comprende Europa, Asia Menor y África.

Los bárbaros piden permiso para establecerse en el Imperio Romano

El equilibrio de situaciones y fuerzas era completamente diferente. Asia era el continente cultivado y floreciente, con las grandes tradiciones, la gran cultura, el gran arte, los grandes imperios, etc. Grecia, que seguía siendo un foco de civilización en los primeros siglos de nuestra era, había entrado en decadencia, había sido invadida por otras poblaciones, ya no era lo que había sido. Italia y toda Europa bajo el Rin y el Danubio fueron invadidas por bárbaros.

Estos bárbaros eran alemanes, luego normandos – de origen germánico también – los hunos que dieron lugar a los actuales magiares húngaros, invadieron Europa desde varios lados.

El Imperio Romano de Occidente, que cubría Europa Occidental, resistió durante mucho tiempo. Pero con el lujo, la degradación de las costumbres, etc., el deseo de batalla de los romanos de Occidente fue cayendo. Cada vez resistían menos a los bárbaros que querían invadir.

En un momento dado, los bárbaros, situados más allá del Rin y del Danubio, enviaron un mensaje a los jefes militares romanos, colocados a lo largo del Rin y del Danubio, de que huían a su vez de un invasor más bárbaro, que venía detrás de ellos. No sabían quién era, eran los hunos, pero que los vencía y los perseguía. Así que, con el fin de hacer una resistencia efectiva, pidieron a los romanos permiso para cruzar el Rin y el Danubio y establecerse dentro del Imperio Romano. De esta manera, estarían protegidos por los ríos y podrían luchar contra los hunos más fácilmente.

Los bárbaros invaden el Imperio Romano...

Los romanos pensaron que esto era muy inteligente, porque los bárbaros, los germanos, lucharían contra

los hunos. Unos aniquilarían a otros, y los romanos no lucharían contra ellos. Estas son las falsas certezas de las civilizaciones podridas, muy similares a las falsas certezas de la burguesía de hoy, frente a la embestida del socialismo, del comunismo. Es la misma mentalidad. La mentalidad de lo podrido, de lo decadente, es así. No sólo consintieron, sino que los soldados romanos ayudaron a establecer puentes de madera para los bárbaros, que habían sido mantenidos más allá de los ríos durante siglos.

Luego invadieron el Imperio, y los hunos, en lugar de entrar por el Rin, vinieron a través de Hungría e invadieron el Norte de Italia, el territorio que hoy sería Austria, y fueron a Roma. Atila iba a destruir Roma, y el Papa fue hasta él y le pidió, como Vicario de Cristo – el jefe de los hunos no era católico, ni siquiera cristiano – que perdonara a la ciudad de Roma. Y Atila dijo que vio en el aire una figura majestuosa, venerable y poderosa – era San Pedro – que lo amenazó con una espada si iba a Roma. Así que tuvo miedo y regresó. Ése fue el único factor que hizo que Atila retrocediera. El Papa regresó a Roma y la ciudad se salvó.

Veían, entonces, la putrefacción del Imperio Romano. Los romanos no pudieron contener a los bárbaros, San Pedro sí. Y la aparición del primer Papa en el aire hizo que Atila se retirara gradualmente de Italia y volviera a Panonia – la antigua Hungría – y se hundiera en esas tierras.

...y no querían que sus hijos estudiaran, porque se ablandaban como los romanos

Pero llegó la hora en que los bárbaros debían irse. Sin embargo ni siquiera se habló de ello, porque estaban establecidos allí. Entonces, ¿qué hacer? Los gobernadores y soldados romanos temían a los bárbaros y todos huyeron. Pero de la Santa Sede llegó una orden para que todos los obispos y sacerdotes no abandonen sus puestos. Deberían permanecer en el cargo y seguir ejerciéndolo, tratando de convertir a los bárbaros. Es una cosa extraordinaria.

Resultó una situación así: que muchos bárbaros eran tan bárbaros que no podían dormir en las ciudades romanas porque decían que les faltaba el aliento debido a las casas que los rodeaban. Esas casas les quitaban el aire. Entonces iban al monte o al campo por la noche a dormir; y por la mañana volvían para quedarse en la ciudad, que encontraban naturalmente interesante, agradable. Por un lado.

Por otro lado, no querían que sus hijos estudiaran, porque decían que si lo hacían se ablandaban como los romanos. Y que para tener chicos guerreros, que llevaran adelante su guerra eterna, la única forma posible era que no estudiaran. Querían preservar su barbarie porque tenían horror a la civilización; confundían la civilización con la podredumbre. No eran católicos, sino paganos.

Para tener una idea de cómo se extendieron por el Imperio, entraron

en Francia, cubrieron esa nación, invadieron España, Portugal, cruzaron el Mediterráneo, entraron en África y cubrieron casi todo el norte de ese continente.

Fue, por lo tanto, una inmensa población que se trasladó, pero destruyó todo a su paso. La administración romana se retiró, y los bárbaros quedaron en el gobierno.

Constantinopla y Alejandría

Pueden imaginar lo que era un gobierno bárbaro. Las calzadas romanas eran las mejores del mundo. Empezaron a caer, porque los caminos hay que cuidarlos. Si no hay quien los cuide, la vegetación comienza a crecer, todo sucede. Como estos bárbaros no tenían idea de cómo organizar la protección de un camino, todo se deterioró. Los puentes se cayeron, no los arreglaron. Quedaban esos abismos, no se podía transitar. Grupos de bandidos circulaban de un lado a otro, no había policía. Era el caos más completo.

Para abreviar, los romanos comenzaron a casarse con las bárbaras, los bárbaros con las romanas, y se formó una sociedad compuesta de civilizados podridos y bárbaros insoportables. Sobrevolaba sobre ese caos la bendición de la Iglesia, enseñando, bautizando, distribuyendo los sacramentos tanto como podía, dando ejemplos de virtud, suscitando santos que, viviendo en medio de ellos, poco a poco domesticó la barbarie y corrigió la podredumbre.

De toda esta historia, apareció una población mixta, semibárbara, incomparablemente más atrasada que el mundo oriental que tenía su gran capital en Constantinopla – más tarde Bizancio – que era la sede del Imperio Romano de Oriente. No hay que confundirlo con el Imperio Romano de Occidente, que tenía su sede en Roma, a veces en Milán, en la península italiana.

Constantinopla, una hermosa ciudad del Estrecho del Bósforo, con

una parte construida en Europa y otra en Asia. Y luego los pueblos del Asia Menor, de los cuales muchos eran ricos y altamente civilizados. Esto iba hasta Egipto. Y la otra gran ciudad oriental, no europea, con civilización, por lo tanto oriental, muy fuerte influencia griega, era Alejandría en Egipto. Eran las dos grandes ciudades, famosas en todo el mundo. Para estos pueblos de los Balcanes y el sur del Mediterráneo, prevalecía la idea de que Europa era de pueblos rústicos, incivilizados, y tenían razón. Unos bárbaros, unos ordinarios, con los que no había mucho que hacer.

Invasiones de los mahometanos y los vikingos

En medio de todo esto, con acontecimientos históricos que serían demasiado largos de narrar, apareció gradualmente la nación que es la primera en la Europa contemporánea en nacer de las manos de la Iglesia, Francia.

Después las otras naciones comenzaron a convertirse, la acción de los Santos, la Jerarquía de la Iglesia, que comenzaron a apaciguar a estos pueblos, y se podría suponer que las cosas comenzaban relativamente a mejorar, cuando otras circunstancias imprevistas llegaron a perturbar todo esto. Las circunstancias fueron tres.

En primer lugar, una invasión mahometana. Mahoma – también otra cosa interminable que contar – fundó una nueva religión, según la cual Jesucristo era sólo un profeta. Mahoma dijo que sólo había un Dios, Alá, y Jesucristo, mero profeta de Alá, no era un Dios-Hombre unido hipostáticamente a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Mahoma estaba animado por un terrible odio a los católicos.

Esta religión comenzó a actuar en el Cercano Oriente, pero luego se extendió a Egipto y a todo el norte de África. Los mahometanos destruyeron lo que quedaba de romano católico y de bárbaro católico. Invadieron España y, de



invasión en invasión, llegaron al corazón de Francia, en Poitiers.

Más o menos al mismo tiempo, parte de los bárbaros que no habían cruzado el Rin y el Danubio comenzaron a invadir nuevamente las tierras católicas, Francia, Alemania, etc. Y lo que empeoró la situación fue que un pueblo muy extraño, que hasta entonces no había aparecido en la historia, comenzó a atacar a Europa. Era un pueblo pagano, de origen germánico, cuya principal característica era el siguiente hecho: todo el pueblo – los famosos vikingos – emigraba en pequeñas embarcaciones con hermosas proas, y los vikingos eran excelentes navegantes. Se propusieron atacar las costas europeas y bajar por los ríos franceses hasta el corazón de Francia.

Así que todo era un caos otra vez. Primero fue la invasión de los árabes, luego la de los alemanes. Pero también hubo una acción gloriosa: los convertidos germano-romanos, liderados por misioneros, especialmente irlandeses, emprendieron la pacífica pero mucho más peligrosa penetración del territorio alemán, para convertir a los alemanes.

Carlomagno surge

Lo que fue un renacimiento del mundo católico estaba expuesto a terribles peligros. Fue entonces cuando apareció la famosa figura de Carlomagno.

¿Qué hizo Carlomagno? Impuso su autoridad a todos los descendientes de galos, romanos y germanos, esa mezcla. Llevó su autoridad hasta la punta de España.

En el norte de España, en Santiago de Compostela, visitando la catedral, me hablaron de una pequeña capilla construida por orden de Carlomagno, de estilo románico, que está incrustada en la escalera de la catedral. Me propuse visitarla, porque quería rendir homenaje a esta reminiscencia del



Samuel Holanda

emperador Carlos y mi adoración a Dios Nuestro Señor, que fue así glorificado por este gran hombre.

Por otro lado, Carlomagno entró en Italia y apaciguó con mano firme a los bárbaros de allí. Apoyó a los misioneros y, según noticias que sospecho falsas – no tuve tiempo de estudiarlas a fondo – planteó a los bárbaros germanos esta alternativa: el que se convierte, está bien; el que no se convierte morirá. Y así organizó matanzas que, como se puede ver, la Iglesia no aprobó. Empleó procesos drásticos.

Uno de estos procesos fue el siguiente: los germanos, que estaban más allá del Rin, creían estúpidamente en la divinidad de un roble que estaba allí, llamado Irmensul, que decían que hincaba sus raíces hasta el centro de la Tierra.

Carlomagno dijo: “Les mostraré lo que es este ‘roble divino’”. Hizo que arrasaran el árbol. “Miren a su dios”. El roble fue arrasado, los germanos no tenían nada que hacer, y estaba concluido el caso.

Un protector muy ardiente de la Iglesia Católica...

Por su coraje, su extraordinaria personalidad, su heroísmo, Carlo-

magno de tal manera adquirió prestigio sobre esas personas, que fueron reconocidas como el soberano de esas regiones.

Una Nochebuena, rezando en la Basílica de San Juan de Letrán, que es la Catedral de los Papas en Roma, el Pontífice lo coronó como Emperador de Occidente, fundando así el Sacro Imperio Romano Germánico que duró exactamente mil años.

Al principio, Carlomagno no quería, pero al final, viéndolo como la voluntad del Papa, aceptó. Al final de la misa, fue aclamado por todo el pueblo como Emperador de Occidente, del imperio que sólo terminó en el siglo XIX, cuando Napoleón lo declaró extinto.

Carlomagno fue un ardiente protector de la Iglesia Católica. La defendió los invasores mahometanos y bárbaros. En los últimos años de su vida, los germanos comenzaron a invadir su imperio, y él todavía luchaba contra ellos. Poco después él murió, coronando una vida llena de méritos.

Este hombre extraordinario difundió la cultura, favoreciendo la formación de monasterios donde se estudiaba y formaba la Literatura. Tenía como consejero a un monje, Alcuino, un hombre muy capaz que empezó a fundar la cultura europea. Entonces Carlomagno aparece en la historia como un gigante, que al mismo tiempo liquida todos los elementos de deterioro y agresión, y comienza a implantar lo que hoy es Europa. Es el Padre de la Europa católica, apostólica y romana, que limpió gran parte de Europa de los invasores. Por ejemplo, España y Portugal fueron muy defendidas por él contra los árabes, pero en cualquier caso no fue suficiente; sólo en el siglo XV los árabes fueron expulsados de España. No obstante, la lucha continuó y el núcleo de la Europa de hoy fue él quien lo construyó.

Por eso es el fundador de Europa, pero de la Europa católica, quien defendió a la población necesaria para que Europa fuera Europa. Al mismo tiempo, Carlomagno sobre todo defendió y expandió la fe católica. Y comenzó un movimiento misionero que fue, a través de los siglos, al norte de Rusia, convirtiendo a los pueblos del Mar Báltico. De esta manera, se constituyó la mayor semilla de cultura del mundo, que fue, en la historia cristiana, el continente europeo.

¿Fue santo?

Ya que tenía tales méritos, uno podría preguntarse cuál era su papel ante la Iglesia. ¿Era un santo? La respuesta que me parece mejor a esa pregunta es: si un santo hubiera hecho esto, se habría dicho que es una obra típica de un santo, y de un gran santo, de uno de los más grandes santos de la historia de la Iglesia.

Por otra parte, si hubiera sido un hombre pecador – no alguien que viviese en estado de pecado mortal, sino que de vez en cuando peca mortalmente – se habría dicho que no podía hacer esta obra. Porque es un trabajo de apostolado excepcional. Y según Don Chautard, en el famoso libro *El Alma de todo Apostolado* – que explica la doctrina de la Iglesia –, quien no tiene una vida de intensa piedad, no tiene una intensa Fe, Esperanza y Caridad – estas son las virtudes teológicas –, además de las virtudes cardinales, no puede hacer una fructífera obra de apostolado. Entonces, ¿cómo pudo Carlomagno hacer una de las mayores obras de apostolado de todos los siglos si no era demasiado virtuoso? Por supuesto, es muy difícil de explicar.

Es cierto que hay puntos oscuros en la historia de Carlomagno. Se casó con una princesa de Lombardía – donde había un pueblo bárbaro, que había ocupado el norte de Italia – y luego se separó de ella y se casó con otra. ¿Hubo una anulación de matrimonio regular? ¿Había incluso una

nulidad de matrimonio, o era una transgresión del principio por el cual el matrimonio es indisoluble?

Ciertas matanzas hechas por él, la Iglesia las censura. No es fácil justificarlas. Decirle a un individuo “o crees o te mato” no se puede hacer. Tampoco puedes obligar a una persona a creer, o decir que cree, cuando no cree. Y Carlomagno, actuando de esta manera, hizo mal. ¿Pero cuál era el grado de conocimiento de que esto era malo? Hay muchos problemas a este respecto.

Católico, guerrero y monarca por excelencia...

El hecho es que la figura de Carlomagno se proyectó durante toda la Edad Media. Fue el gran prohombre de la Edad Media, es decir, el hombre por excelencia, el católico por excelencia, el guerrero por excelencia, el monarca por excelencia, Carlomagno. “Magnus” es la palabra latina que significa “grande”: Carlos el Grande. Pero el adjetivo “magno” se ha convertido en algo tan unido a su nombre que, incluso en las naciones en las que el término “magno” apenas se utiliza o ha desaparecido del todo, nadie dice “Carlos el Grande” sino Carlomagno. Hay una magnitud que es inherente a él.

En Aix-la-Chapelle, iba a tomar agua. Debido a algunas molestias gástricas, bebía de esas aguas que le hacían mucho bien. Y hasta el día de hoy, en Aix-la-Chapelle, hay un manantial de agua mineral, llamado la Fuente de Carlomagno, donde los enfermos de la ciudad la toman gratis. Esta fuente vierte agua noche y día. La gente va con garrafones y los llena con esa agua. La beben, es buena para mucha gente por sus propiedades químicas, no es un agua milagrosa. Se hizo el análisis químico. Esa agua era buena en tiempos de Carlomagno, y lo es hasta hoy.

En la ciudad de Aix-la-Chapelle tenía un palacio, del cual hay hermosos restos. Y mandó construir la catedral en la que asistía al oficio en un trono,

que se conserva hasta hoy y que hemos tenido la suerte de oscular.

La idea de Carlomagno como un santo se mantuvo en estas personas. Desde los primeros días del Emperador hasta nuestros días, en algunas ciudades de la zona, la misa se celebra en alabanza de lo que llaman el Beato Carlomagno, con el permiso de la Iglesia. En esa región se celebra una fiesta oficial en la que participa todo el pueblo.

Chanson de Roland: una de las más bellas obras poéticas de todos los tiempos

Es extremadamente improbable que Carlomagno no esté en el cielo. Porque, aunque no ha sido canonizado, la Iglesia le autoriza un culto; es imposible imaginar que esté en el Infierno. Sin embargo, la Iglesia aún no se ha pronunciado sobre la heroicidad de sus virtudes. Sólo por un pronunciamiento de la Iglesia infalible puede generalizarse su culto a todo el orbe católico. Pero la forma en que sus reliquias son tratadas en esa catedral es la forma en que las reliquias de un santo son tratadas.

La vida de Carlomagno inspiró una de las más bellas obras poéticas de todos los tiempos, que es la *Chanson de Roland*. Roland, su sobrino, su principal guerrero y brazo derecho, formó, junto con otros once guerreros, los doce pares de Carlomagno. Fueron sus doce grandes guerreros, sus grandes apoyos, los que le ayudaron a hacer este extraordinario trabajo de defensa y conquista. Episodios de su lucha fueron cantados en la canción de gesta de Roland, lo que es una verdadera maravilla.

Esta canción de gesta proyecta la belleza de la figura de Carlomagno de una manera extraordinaria, y ha ayudado a formar una atmósfera de un verdadero respeto religioso, a veces tributado por laicos. ♦

(Extraído de conferencia de 9/12/1988)

Lugar donde la Providencia quiso reunir sus maravillas – II

En Venecia hay belleza, elevación y grandeza, lo contrario de lo que ostenta el mundo de hoy. En nuestras almas existe el deseo de un desquite de la fealdad, de la hediondez, de la trivialidad contemporáneas. Ese deseo hace de nosotros los iniciadores del Reino de María.

En una fotografía de un aspecto de Venecia, en la cual el fotógrafo fue especialmente feliz, consideran la paloma, el mar, los campanarios, las iglesias y los palacios.

Burbuja de belleza flotando en el aire

Se tiene la impresión de que todas esas bellezas como que saturan el aire y nos remiten a una cierta irrealidad, la cual está en la maravilla de los crepúsculos venecianos; y que la paloma tiene algo a la manera de una noción de eso, y vuela deleitándose en medio de todas esas cosas. A la paloma no sólo le gusta el aire, se diría que forma un todo con aquella belleza. Nosotros sabemos que se trata de un ser irracional, orientado apenas por sus instintos. ¿Pero no es verdad que se tiene la impresión de que goza de un bienestar aumentado por esa hermosura? Una paloma como esa, en el Largo do Arouche, en São Paulo, no tendría ese bienestar.

¿Cuál es la razón de eso? Es por el hecho de que ella concurre, como una obra prima de un diseño, a completar ese conjunto maravilloso. Ella misma, como está aquí, es linda. Noten como las alas quedan bonitas, como el vuelo se vuelve elegante. ¡Ella es un sueño! Se diría

que la paloma es una burbuja de belleza que se desprende y queda flotando en el aire.

Estas consideraciones nos llevan a que nos preguntemos cómo será aquella perfección alta y magnífica, para la cual la humanidad fue hecha y que tiende a poseer antes que la Historia del mundo acabe, y donde Nuestra Señora será Reina. Entonces, cuando no solamente las palomas vuelen por el aire, sino que algo de Marial esté habitando todo – tomando en consideración que María Santísima es la obra prima de Dios en el Cielo y en la Tierra –, ¿cómo serán esas cosas? Es algo verdaderamente indecible.

Una de las maravillas del universo: el Palacio de los Dux

Aquí encontramos, en primer plano, a dos pasos del mar, el Palacio de los Dux, sin impedir el tránsito, y el encanto está en eso, pues cuanto más cerca del mar está, es más arrebatador.

A mi ver, ese palacio es de un color difícil de definir y que varía un poco de acuerdo con la luz del día. Pero en esta fotografía se me presenta de un rosado delicado, no homogé-

neo; se nota la presencia variada del rosado y del blanco en las ojivas góticas, formando una especie de contraste.

De sí, lo bonito sería, de acuerdo con la ley de la gravedad, ver que el elemento más pesado cargue al más liviano. Entonces, sería explicable que ese palacio fuese construido de tal manera que esa especie de cajón gigantesco – es un ultraje llamarlo así – deliciosamente rosado, adornado por ojivas agradablemente simétricas, pensativas, calmadas, tranquilas y nobles, que parecen estar, ellas mismas mirando el mar, contemplándolo con la familiaridad con la cual las grandes personas contemplan lo lindo; parecería normal, en fin, que ese cajón estuviese en la tierra, y la parte más leve, o sea las columnas de ese piso inmediatamente inferior, bien como la columnata que toca en el suelo, estuviesen encima.

Se diría que ese edificio, construido, así como está, daría una sensación de peso horrible, y que ese cajón va a aplastar y romper, en cualquier momento la columnata. Pero está calculada con tanta inteligencia la distribución de los cuerpos y de los volúmenes, que no se tiene esa impresión. Al contrario, se siente que esa columnata carga sin esfuerzo al cajón, el cual, rehusando quedarse en la tierra, es soportado por esas columnas magníficas, de manera que permite la circulación del aire por debajo. El arte adorna eso con esa primera línea ojival muy bonita, y abajo con aquellos otros arcos, quedando el palacio, por así decir, suspendido en el aire.

Llamo la atención para lo que hay de bien pensado en cada detalle de esa fachada. Ella quedaría monótona si no hubiese, justo en el medio, una puerta dando a una terraza. Pero si existiese allí una ojiva más el palacio se volvería insoportable. Para la puerta, la terraza tiene exactamente el tamaño que debe tener para completar bien y levemente una de las maravillas del universo, el Palacio de los Dux.

Viaje que conduce al Cielo o al Infierno

Imaginémonos sentados en góndolas y yendo en dirección a la plaza que se abre más hacia el fondo y tiene una torre. Se nota, por las cúpulas, que también hay en esa plaza una iglesia, y hay después otro palacio. Pero hay una parte de la plaza que converge directamente al mar. Es el desembarcadero para las personas que llegan, un muelle. Hay muelles a lo largo de toda esa columnata, a fin de facilitar al máximo el desplazamiento de la población.



Gabriel K.

Noten como hay allí dos columnas. En una de ellas hay una estatua de San Teodoro aplastando al dragón; en la otra, un león alado, emblema de Venecia. En el espacio entre las dos columnas había otro “muelle” de un género muy diferente. Desde allí algunos hombres emprendían un viaje al lado del cual nuestros viajes contemporáneos son cero, y hasta inclusive los hombres que fueron a la Luna no son nada en comparación con los que hacían ese viaje, porque es el viaje que conduce al cielo o al infierno. Allí eran ejecutados en troncos especialmente llevados para la ceremonia, los condenados a muerte. Lugar lindo, encantador, pero es uno de los trazos de Venecia. Ella es festiva, pero tiene cualquier cosa en el fondo de muy grave y hasta de un tanto melancólico, sin lo cual Venecia sería una banalidad.

Un encaje de piedra

Allí vemos que se levanta el campanario, las campanas que sirven a la catedral. Una construcción origina-



Archivo Revista



lísima que desentona de cuanto está edificado alrededor. Sin embargo, posee también la parte alta toda blanca, con un cono muy bonito encima, del cual cada triángulo está moldurado por una franja blanca. Esta torre es del siglo XX. La original, por cuestiones geológicas, de repente se desplomó. Era entonces Papa San Pío X, que había sido Patriarca de Venecia e impulsó la construcción de una torre absolutamente idéntica a la que había. De manera que se toma esa como si fuera la torre antigua.

Examinen el color de ese mar. ¿Quién lo define? ¿Es verde, azul? ¿Entra ahí otro color además del verde y del azul? Tampoco se sabe. Esa multitud de góndolas da un aire festivo, de alegría y de vida, que completa el panorama.

En otra fotografía se ve de cerca un poco de aquel verdadero encaje de piedra. En la galería de piedra blanca, cada columna da la impresión de una llave, dentro de la cual hay una especie de trébol, cuyas hojas tienen el diseño esquemático e imaginario de un trébol de cuatro, dentro de círculos. Eso sería la oreja de la llave; y, abajo, un pedazo del balcón sería la lengüeta de la llave. Pe-

ro todo es hecho de tal manera que, una llave al lado de la otra, forman ojivas. Y lo ojival aparece allí en una de sus más bellas manifestaciones.

Un techo que pareciera levantar vuelo

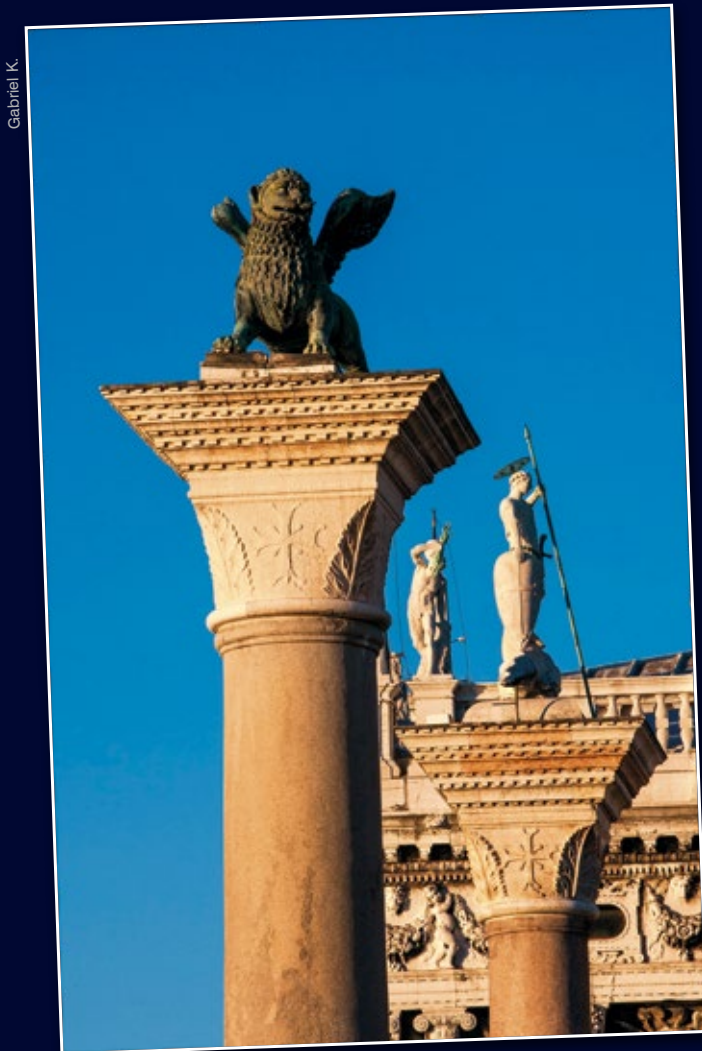
Noten la simplicidad de las líneas con que la fachada de la Catedral de San Marcos ha sido construida. Son cinco arcos: dos de cada lado y en medio, un arco un poco mayor, que interrumpe un poco el curso de la balaustrada, del pasamanos de una terraza que está encima. De manera que aquello sirve de techo para el atrio de la iglesia y también de terraza para pasear encima. Más arriba se encuentran ojivas muy abiertas, que conservan su parentesco con la ojiva gótica común, por el hecho de que termina en aquella punta reuniendo armónicamente dos extremos, en un movimiento que tiene un resto de ojival. Y cada ojiva hecha de una piedra blanca, linda, sirve de protección, de techo para una bella escena en mosaico, con fondo dorado, representando hechos de la vida de Nuestro Señor.

Hago notar esas puntas entre arcada y arcada. Dan un carácter de levedad enorme al techo. Se tiene la impresión de que el techo está por levantar vuelo. Vemos ahí, una vez más, representado el anhelo del hombre por volar. Consideren como cada punta está bien trabajada, y como la moldura que circunda cada arco de la arcada superior está, también ella, toda erizada de pequeñas puntas. Parecen, así, las alas de innumerables palomas que se están abriendo para volar, llevando consigo, por los aires, la catedral mil veces famosa. ¡Es una verdadera maravilla!

El charme es el aliado natural de la grandeza

Llamo la atención también para un detalle que, analizado después de haber sido percibido, llega a desconcertar un poco. Pero, en fin, eso es así y me agrada enormemente. En cada uno de esos arcos hay una pequeña puerta, pero ninguna está bien en el centro con relación al arco inferior. Con la manía de lo igualitario y de lo decimal que se esparció por el mundo en el siglo XX, los arquitectos, en su mayoría, si tuviesen que construir un monumento como ese, no tendrían talento para eso ni de lejos. Pondrían esa pequeña puerta justo en el centro de cada arco.

Imaginen que un dedo maligno empujase esas puertitas justo al centro. ¡Qué monotonía! Fue empleada una forma de talento por donde la asimetría de esas puertitas tal vez pase desapercibida a muchos. Eso se llama propiamente genio. Tiene algo en común con el *charme*, del cual dice el francés: *le charme, plus beau que la beauté* – el encanto, más bello que la propia belleza. La Catedral de San Marcos está llena de encantos así. El encanto está también en esas puertitas... Pero ¿qué no es encanto aquí? Encanto no es solo la grandeza. Sin embargo, el encanto es el aliado natural de la grandeza; porque



Gabriel K.



la grandeza sin encanto queda muy pesada, y el encanto sin grandeza se vuelve frívolo.

Me referí a la grandeza. Procuren ver en la cúpula de atrás, la grandeza, la magnificencia. ¡Es espantosa! Ella sería muy pesada, si no fuera por todo lo descrito anteriormente. Daría la impresión de una cacerola grande colocada allí. Pero miren la forma de la cúpula, la cruz en lo alto, el juego de varias pequeñas cúpulas, y tendrán propiamente el encanto. Es la incomparable Catedral de San Marcos.

Desquite de la fealdad, de la hediondez y de la trivialidad contemporáneas

Los venecianos del tiempo de los palafitos¹ no percibían lo que iba a salir de aquello que estaban haciendo. Pero se puede suponer que ya tuviesen una cierta propensión para eso, a la cual el bautismo dio la realidad, el impulso, de manera que saliese lo que estamos contemplando aquí.

Si juzgamos según la afirmación de San Luis María Grignon de Montfort que los santos del Reino de María van a ser tales que, comparados con los del pasado, serán como cedros del Líbano en relación con los arbustos², pensamos también que la medida de belleza, de verdad y de bien que toda civilización alcanza está dada por la medida de los santos que en ella florecen.

Ese principio, por ejemplo, lo encontramos subyacente en todas las reflexiones que hice sobre la gruta de Subiaco y San Benito³.

Pero creo que en nuestras almas hay un deseo de desquite de la fealdad, de la hediondez, de la trivialidad con-

temporáneas. Y ese deseo nos hace los “palafíticos” del Reino de María. Sin embargo, mientras no se dé el *Grand Retour*⁴, mientras no vengan los castigos previstos en Fátima, y todo eso no fuere barrido y limpiado, casi no logramos entrever las bellezas venideras. Entre tanto, en el fondo de nuestras almas existe ese anhelo que nos hace discernir la potencialidad para lo maravilloso de cien cosas que conocemos, pero que aún no son maravillosas.

Para eso tratemos de ser santos y de ir viviendo. Por el curso natural del tiempo y de la edad, muchos asistirán aún a todas esas maravillas sobre la faz de la Tierra. Otros las verán anticipadamente – cosa mucho mejor –, pues serán llamados por Dios a contemplarlo cara a cara en el Cielo. ❖

(Extraído de conferencia de 2/12/1988)

1) Cfr. *Revista Dr. Plinio* No. 29, p.32.

2) Cfr. *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*. Cap. I, art. n. 2, n. 47.

3) Cfr. *Revista Dr. Plinio* No. 27, p.27.

4) A inicios de la década de 1940, hubo en Francia un extraordinario incremento del espíritu religioso, a raíz de las peregrinaciones de cuatro imágenes de Nuestra Señora de Boulogne. Tal movimiento espiritual fue denominado “*grand retour*”, para indicar el inmenso retorno de aquel país a su antiguo y auténtico fervor, desvanecido en ese entonces. Al tomar conocimiento de esos hechos, el Dr. Plinio comenzó a usar esa expresión no apenas en el sentido de “gran retorno”, sino de un torrente avasallador de gracias que, a través de la Virgen Santísima, Dios concederá al mundo para la implantación del Reino de María.

La lucha, una de las glorias de María



*C*oncebida sin pecado original, Nuestra Señora aplastó y aplastará para siempre la cabeza de la maldita serpiente. Actuando así, Ella añade a sus extraordinarias y singulares prerrogativas la gloria de la lucha. Ella combatió, opuso un esfuerzo a otro, dedicó todas las energías necesarias para aniquilar al adversario, lo derrotó y lo tiene a sus pies.

¡Ese combate aumenta la gloria de la Hija del Padre Eterno, de la Madre del Verbo Encarnado, de la Esposa del Espíritu Santo!

(Extraído de conferencia de 8/12/1991)

**Nuestra Señora del Apocalipsis
(Acervo particular)**